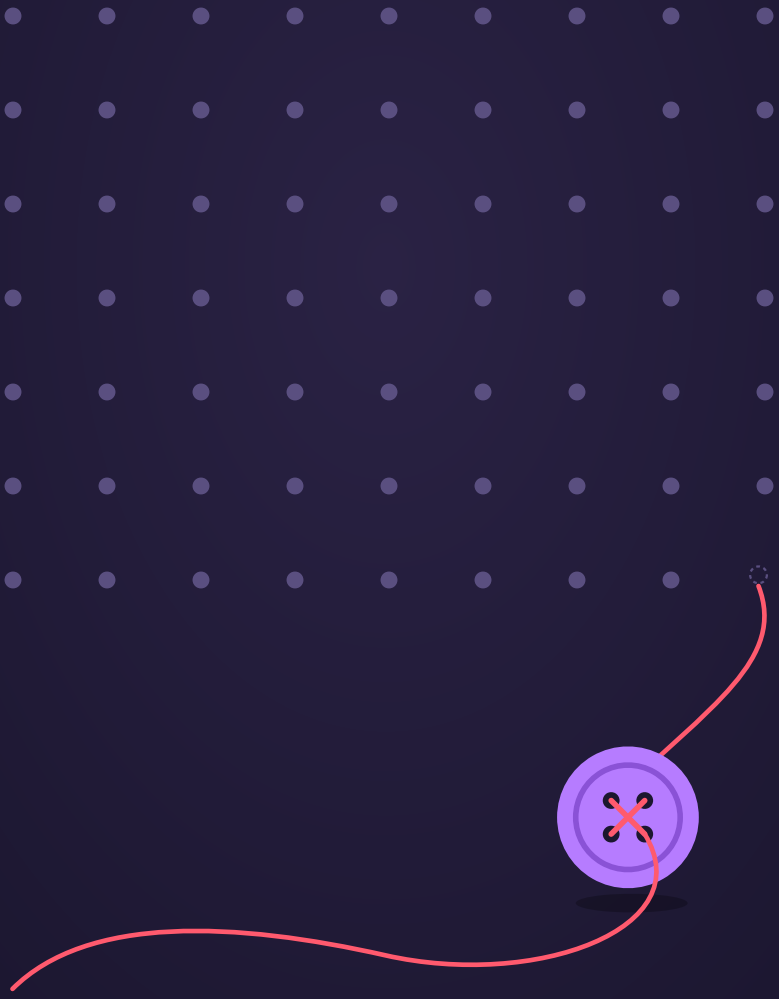
Punto y aparte

Una novela sobre volver a empezar



NOA FERRER · MARLON FALCÓN

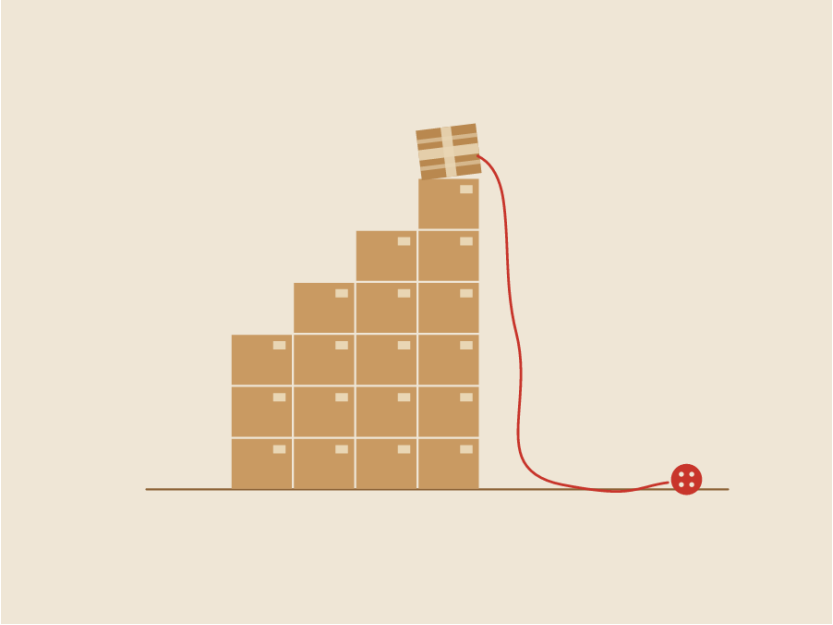
Punto y aparte

Una novela sobre volver a empezar

Noa Ferrer y Marlon Falcón

Ilustraciones de Pau Serra

MarlonBooks



Dieciocho cajas suben en orden; la diecinueve deja escapar un hilo.

CAPÍTULO 1

Diecinueve cajas

Diecinueve cajas. Elena las había numerado con rotulador negro, en la esquina superior derecha y también en el lateral, por si alguna se apilaba al revés. La uno decía «Cocina básica». La siete, «Papeles importantes (no tirar)». La dieciocho, «Invierno». Y la diecinueve, que había cerrado a las dos de la madrugada con más cinta adhesiva de la necesaria, decía simplemente «Varios», que es lo que una escribe cuando ya no sabe qué está guardando.

—Mamá, has puesto un inventario pegado en cada caja —dijo Júlia, sosteniendo la doce como quien sostiene una prueba en un juicio —. Con subapartados.

—Así sabré dónde está cada cosa.

—Vas a estar aquí dos meses.

—Exacto. Dos meses, diecinueve cajas. Es un sistema.

Júlia se rio con esa risa suya que empezaba en la nariz, la misma que tenía a los cuatro años, y subió la caja por la escalera estrecha del edificio de la calle Verdi. Tercer piso sin ascensor. Elena había calculado, mientras cargaba la caja siete, que a una media de cuatro viajes al día durante el verano le esperaban unos dos mil escalones semanales. Lo había calculado porque no podía evitarlo. Era actuaria. Llevaba veintitrés años en una aseguradora poniéndole número a todo lo que podía salir mal, y la costumbre se le había metido en el cuerpo como el acento.

Lo que no había calculado era esto: estar a los cuarenta y seis años subiendo su vida por la misma escalera que bajaba corriendo a los quince, con la mochila del instituto y las rodillas peladas.

En el rellano del segundo, la señora Montse asomó la cabeza por la puerta.

—¡Elenita! ¿Vuelves con tu madre?

—Unos días —dijo Elena.

—Dos meses —corrigió Júlia desde arriba.

—Temporal —dijo Elena, más alto de lo necesario.

La señora Montse asintió con una sonrisa que en el barrio significaba «ya me lo contará tu madre», y cerró la puerta despacio.

Rosa las esperaba arriba con el delantal puesto y la puerta abierta de par en par, como si fuera fiesta mayor. Tenía setenta y cuatro años, el pelo corto y blanco, las gafas colgadas de un cordón de cuentas y la energía de alguien que no ha estado sentada más de diez minutos seguidos desde 1975.

—Dejadlas en la habitación del fondo. He hecho sitio. He quitado la máquina de coser vieja y las revistas de patrones. Bueno, casi todas.

Casi todas eran unas cuarenta, apiladas junto a la ventana. Elena miró la habitación: la cama de noventa, el armario con el espejo que tenía una mancha en forma de nube, el corcho en el que todavía quedaban dos chinchetas y la esquina de una foto que alguien había arrancado hacía muchos años. Diecinueve cajas no cabían allí. Lo supo con la precisión de su oficio: aquello era un problema de volumen, y los problemas de volumen no se arreglan con buena voluntad.

—Caben —dijo Rosa, que no había hecho un cálculo en su vida y casi nunca se equivocaba.

Cupieron.

A las cuatro y media, Júlia miró el móvil y se le cambió la cara. El taxi estaba a seis minutos. El vuelo a Lisboa salía a las siete y diez. Llevaba una maleta de cabina y una mochila, y Elena no entendía cómo alguien podía irse un año entero con tan poco equipaje cuando ella necesitaba diecinueve cajas para irse dos meses a tres calles de su antiguo piso.

—No hace falta que vengas al aeropuerto —dijo Júlia.

—Ya lo sé.

—Lo digo en serio, mamá. Si vienes, vas a llorar en el control de seguridad y me vas a hacer llorar a mí, y luego el señor del escáner nos va a mirar raro.

—Yo no lloro en los controles de seguridad.

—Lloraste en mi graduación de bachillerato.

—Eso era un acto académico.

Bajaron juntas a la calle. Gràcia olía a junio: a jazmín de algún balcón, a pan de la panadería de la esquina, a la sombra fresca de las fachadas estrechas. Júlia la abrazó fuerte, de esa manera breve y total con que abrazan las hijas cuando ya han decidido marcharse.

—Papá me ha dicho que te pregunte si estás bien.

—Dile a papá que estoy perfectamente.

—Se lo digo yo, ¿eh? Que no os hablo de mensajera.

—Estoy bien, cariño. De verdad. Esto es temporal.

Júlia la miró con los ojos de Xavier y la boca de Rosa, una mezcla que Elena nunca había terminado de entender.

—Mamá, lo temporal también cuenta.

Y se metió en el taxi. Elena se quedó en la acera con la mano levantada mucho después de que el coche girara por Torrent de l'Olla. No lloró. Estaba en la calle, no en un control de seguridad. Pero se le quedó algo atravesado entre las costillas, como un botón que no termina de entrar en el ojal.

Subió despacio. Ciento cuatro escalones; los contó sin querer.

La separación había sido limpia, si es que esas cosas pueden serlo. Xavier y ella llevaban años siendo dos personas muy educadas que compartían piso, cuenta común y una hija maravillosa. No hubo gritos ni portazos. Hubo una conversación un domingo por la tarde, con el café enfriándose en las tazas, en la que los dos dijeron frases sensatas y nadie se atrevió a decir la única verdadera: que se habían ido apagando sin darse cuenta, como una bombilla de bajo consumo. Él se quedaba en el piso hasta que lo vendieran. Ella necesitaba aire, y el aire más cercano y barato era la habitación del fondo de su madre.

Por la noche, Rosa frió croquetas. Croquetas de pollo, de las de siempre, con la bechamel hecha a fuego lento y removida con cuchara de madera, que según ella era lo único que distinguía una croqueta decente de una tragedia. La cocina se llenó de ese olor que a Elena le devolvía de golpe los domingos de la infancia, los deberes en la mesa de formica, la radio encendida.

—Come, que estás en los huesos.

—Mamá, estoy igual que siempre.

—Pues siempre has estado en los huesos.

Elena se comió cuatro. Luego cinco. Rosa la miraba con satisfacción, sirviéndose vino blanco en un vaso de los de Nocilla que nunca había querido tirar. Hablaron de Júlia, de que Lisboa tiene muchas cuestas, de que la señora Montse se había operado de la cadera, de que la panadería había subido el precio de las barras. Hablaron de todo menos de Xavier, y Elena se lo agradeció en silencio.

Entonces Rosa dejó el tenedor sobre el plato, se limpió los labios con la servilleta de tela y dijo, con el mismo tono con que habría dicho que mañana iba a llover:

—En septiembre cierro la tienda.

Elena se quedó con una croqueta a medio camino.

La Mercería Rosa estaba en la planta baja de ese mismo edificio. Llevaba abierta cincuenta años, desde que su madre, con veinticuatro y un préstamo que entonces parecía una locura, colgó el letrero de letras doradas que aún seguía allí, un poco desconchado. Elena había hecho los deberes entre cajones de botones. Había aprendido a contar con carretes de hilo. Había crecido oliendo a lana y a papel de seda, oyendo a las clientas contarle a su madre sus divorcios, sus nietos, sus enfermedades y sus recetas, todo mezclado, como si la tienda fuera también un confesionario con cremalleras.

—¿Cómo que la cierras?

—Pues cerrando. Bajo la persiana y ya está. Tengo setenta y cuatro años, nena. Me duelen las manos. Y la gente ya no cose.

—Hay gente que cose.

—Poca.

—Mamá, son cincuenta años.

—Por eso. Es un número redondo. A ti te gustan los números redondos.

Elena abrió la boca y la volvió a cerrar. Hizo, sin querer, lo que

hacía siempre: un cálculo rápido de ingresos probables, gastos fijos, alquileres del barrio, el valor del local. Todo cuadraba. Todo era razonable. Su madre tenía razón y los números también, y aun así algo dentro de ella protestaba con una fuerza que no sabía de dónde salía.

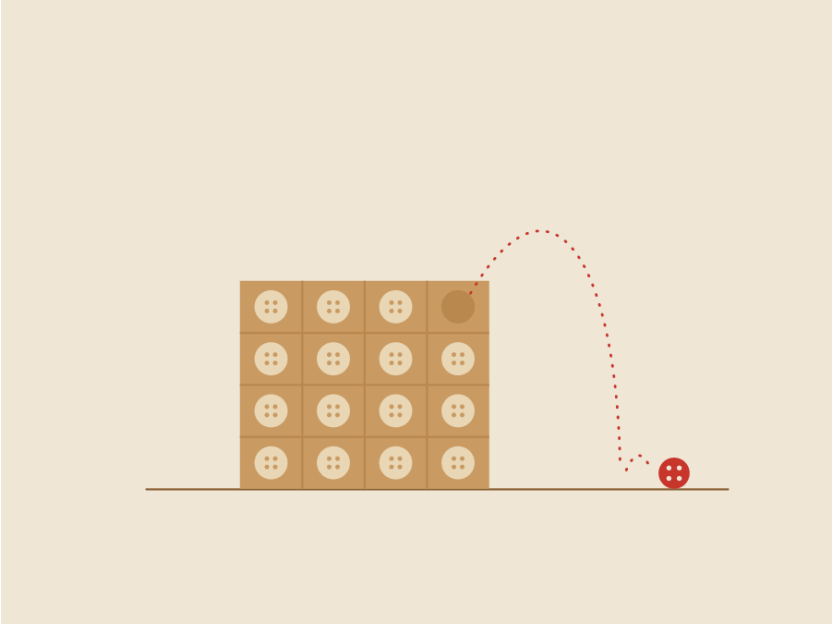
—¿Y qué vas a hacer?

Rosa se encogió de hombros y cogió otra croqueta.

—Vivir, supongo. Ya iba siendo hora.

Esa noche, en la cama de noventa, con el corcho de las dos chinchetas encima de la cabeza y diecinueve cajas haciéndole compañía en la penumbra, Elena tardó mucho en dormirse. Por la ventana entraba el rumor de una terraza de la plaza, alguien que se reía, una moto lejana. Se repitió lo que se había prometido al subir la primera caja: que era temporal, que en septiembre volvería a la aseguradora, que buscaría un piso pequeño con luz, que todo volvería a su sitio.

Pero en la esquina, junto a la ventana, la caja diecinueve seguía sin abrir. «Varios». Y por primera vez en mucho tiempo, Elena no supo qué había dentro.



Un botón fuera de la cuadrícula: la primera decisión sin cálculo.

CAPÍTULO 2

Las del jueves

Las del jueves llevaban treinta y un años cenando juntas, y en todo ese tiempo solo habían faltado a la cita por tres motivos: dos partos, una apendicitis y la boda de Sonia, que tuvo la poca consideración de celebrarse un jueves. Habían empezado con bocadillos de tortilla en un banco de la plaza del Diamant, a los quince, y habían ido subiendo de categoría a medida que subían los sueldos y bajaba la tolerancia al frío. Ahora cenaban en el Racó de la Lola, una casa de comidas de cinco mesas donde la dueña les guardaba siempre la del rincón y les traía las bravas sin que nadie las pidiera.

Elena llegó la primera, como siempre. Sonia llegó la segunda, con un libro bajo el brazo y otro asomando del bolso, como siempre. Pilar

llegó veinte minutos tarde, con el pelo recogido de cualquier manera y aún con las zapatillas blancas del hospital, como siempre.

—Perdón, perdón. Un señor de la planta cuatro ha decidido que hoy era buen día para contarme toda su mili. —Se dejó caer en la silla y le robó una patata a Sonia—. Bueno. ¿Qué tal la mudanza? ¿Cuántas cajas al final?

—Diecinueve.

—Diecinueve —repitió Pilar, mirando a Sonia—. Te lo dije. Te dije que más de quince.

Sonia suspiró y sacó un billete de cinco euros del monedero.

—¿Habéis apostado sobre mis cajas?

—Cariño, es lo menos que podíamos hacer. Tú te pasas el día apostando sobre la vida de los demás.

—Yo no apuesto. Calculo probabilidades.

—Que es apostar con corbata —dijo Pilar, y se sirvió vino.

Elena se rio. Llevaba toda la semana con la sensación de tener los hombros pegados a las orejas, y bastaron diez minutos con ellas para que empezaran a bajar. Pilar era enfermera de urgencias, se había divorciado dos veces y hablaba de sus dos exmaridos con la serenidad de quien comenta el tiempo de dos ciudades donde ya no vive. Sonia tenía una librería pequeña en la calle Astúries, llevaba veinticinco años casada con Ramón y seguía mirándolo, cuando él no se daba cuenta, como si acabara de conocerlo. Elena nunca había entendido cómo dos personas tan distintas podían ser tan imprescindibles a la vez.

—A ver —dijo Pilar, apoyando los codos en la mesa—. Tengo experiencia en esto. Dos veces. Soy prácticamente una profesional. Primera pregunta: ¿duermes?

—Regular.

—¿Comes?

—Mi madre se encarga.

—¿Lloras?

—No.

Pilar y Sonia se miraron.

—Eso es malo —dijo Sonia.

—¿Por qué es malo? Estoy bien. Ha sido una separación civilizada. Lo hemos hablado todo. Tenemos un acuerdo sobre el piso, un acuerdo sobre los gastos de Júlia y una hoja de cálculo compartida.

—¿Una hoja de cálculo compartida? —Pilar dejó el tenedor—. Elena, mi segundo marido y yo nos repartimos los muebles a la pata coja en el pasillo. Y eso que fue amistoso.

—Pues nosotros tenemos pestañas por colores.

Sonia le cogió la mano por encima de la mesa.

—No hace falta que estés bien tan deprisa. Lo sabes, ¿no?

Elena asintió y miró el vino. Hubo un silencio breve, de esos que solo se pueden permitir las amigas de toda la vida, y luego Lola llegó con una fuente de calamares y el momento se deshizo entre servilletas.

Fue con el segundo plato cuando Elena les contó lo de la tienda.

—¿Cómo que cierra la Mercería Rosa? —Sonia se llevó la mano al pecho—. Pero si allí me compré el hilo para el vestido de comunión de mi hija.

—Y yo la lana de aquella bufanda horrorosa que le tejí a mi primer marido —dijo Pilar—. Tu madre me dijo que el verde botella no me iba a favorecer. Y tenía razón. Ni a mí ni al matrimonio.

—Dice que tiene setenta y cuatro años, que le duelen las manos y que la gente ya no cose. —Elena se encogió de hombros—. Y los números le dan la razón. Lo he mirado.

—Claro que lo has mirado —dijo Pilar.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Sonia—. No los números. Tú.

Elena abrió la boca para contestar algo sensato y se dio cuenta de que no tenía nada sensato que decir. Solo una imagen: ella con ocho años, sentada en el suelo de la tienda, separando botones por colores en una caja de galletas mientras su madre se reía con una clienta.

—Que me da pena —dijo al fin—. Mucha. Y que no sé por qué, si es lo razonable.

Pilar se echó hacia atrás en la silla y la miró con los ojos entornados, la misma mirada con la que debía de evaluar a los pacientes que decían que no les dolía nada.

—¿Sabes cuál es tu problema? Que no has hecho nada sin calcularlo antes desde 1993.

—Eso no es verdad.

—Dime una cosa. Una sola.

Elena pensó. Pensó más tiempo del que le habría gustado.

—Me corté el flequillo en el año dos mil.

—Después de consultar a tres peluqueras —dijo Sonia, con cariño.

—Y de mirar el pronóstico de humedad del mes —añadió Pilar.

—Eso fue una precaución razonable.

Sus amigas se rieron tanto que Lola se asomó desde la cocina. Pilar levantó la copa.

—Te propongo un reto. Este verano vas a hacer una cosa, una sola, sin calcularla. Sin columnas, sin porcentajes, sin pedir tres presupuestos. Algo que quieras hacer porque sí.

—No puedo comprometerme a algo tan poco definido. Necesito saber el alcance, los plazos, las...

—¡Elena!

—Vale, vale. —Levantó su copa, muerta de risa—. Acepto.

Brindaron. Y solo cuando el cristal ya había sonado se dio cuenta de que acababa de aceptar sin pensárselo. Lo dejó estar. Quizá contaba como entrenamiento.

A la mañana siguiente se despertó a las siete y diez, sin despertador, con una idea sentada a los pies de la cama como un gato que lleva rato esperando. Se duchó, se vistió, se tomó el café de pie en la cocina y no abrió el portátil. Eso ya era una novedad.

Tenía tres meses de excedencia. Los había pedido en mayo, cuando entendió que no podía seguir calculando la siniestralidad de otros mientras la suya se le caía a trozos. Tres meses para recomponerse, había dicho su jefe, como si ella fuera un jarrón. Había pensado dedicarlos a buscar piso, ordenar papeles, leer las novelas que Sonia le recomendaba desde hacía años. Un plan sensato. Un plan sin sobresaltos.

Bajó los ciento cuatro escalones. Abajo, Rosa estaba subiendo la persiana de la tienda con ese movimiento de hombros que repetía desde hacía medio siglo. El letrero de letras doradas brillaba un poco con el sol de la mañana, a pesar de los desconchones.

—Mamá.

—Buenos días, nena. ¿Has dormido?

—Déjame llevar la tienda este verano.

Rosa se quedó con la mano en la manivela de la persiana.

—Tengo la excedencia hasta septiembre —siguió Elena, deprisa, antes de que le diera tiempo a pensarlo—. Tú cierras en septiembre igualmente. Así descansas, te cuidas las manos y la tienda no se apaga de golpe. Termina bien. Con alguien dentro.

—¿Tú? ¿Al frente de la mercería?

—Yo.

—¿Sabes distinguir una cremallera invisible de una normal?

—Puedo aprender.

—¿Y un bies de una cinta de raso?

—También puedo aprender.

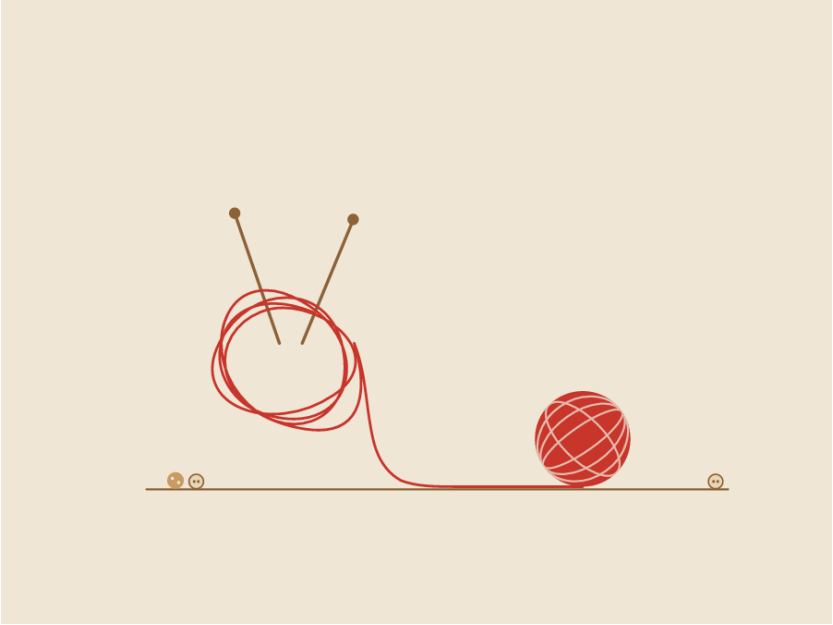
Rosa la miró de arriba abajo, despacio, como miraba a las clientas que decían que solo venían a mirar. Luego terminó de subir la persiana, sacó las llaves del bolsillo del delantal y levantó una ceja. Solo una. La izquierda. La misma ceja que había levantado cuando Elena, con diecisiete años, le anunció que iba a estudiar matemáticas «porque las cosas exactas no te decepcionan».

—Está bien —dijo—. Pero en mi tienda mando yo hasta el último día. Y no quiero ni una hoja de cálculo pegada en el mostrador.

—Hecho.

Rosa abrió la puerta y la campanilla sonó como había sonado toda la vida. Elena entró detrás de ella, y el olor a lana y a papel de seda la envolvió igual que cuando tenía ocho años.

Ni siquiera se le ocurrió calcular nada. Lo pensó más tarde, al mediodía, con una sonrisa: que el reto de Pilar había durado menos de doce horas.



Todo enredo tiene un extremo por donde empezar.

CAPÍTULO 3

Lana merina

A las nueve menos diez, Rosa le dio la lección inaugural sin quitarse el abrigo de entretiempo.

—Los botones de nácar, en el cajón de la izquierda. Los de madera, en el del medio. Los de plástico, donde puedas. La señora Pepita viene los lunes y siempre quiere lo mismo, pero dice que no. Si alguien te pide algo que no sabes qué es, sonríes y le preguntas para qué lo quiere. La gente sabe mucho más de lo que cree.

—¿Y tú adónde vas?

—A vivir, ya te lo dije. Hoy empiezo por el mercado.

Le dio un beso en la frente, como cuando la dejaba en la puerta del

colegio, y se fue calle abajo con el carrito de la compra. La campanilla sonó detrás de ella. Elena se quedó sola en medio de la tienda, con las llaves en la mano y la sensación exacta del primer día de un trabajo nuevo, cuando todo el mundo sabe dónde están los clips menos tú.

A las nueve y cuarto ya había cometido el primer error. Quiso sacar el cajón del medio para ver qué contenía, el cajón se resistió, ella tiró con la decisión de una mujer que ha negociado reaseguros con alemanes, y el cajón salió entero. Con todo su contenido. Cientos de botones de madera rodaron por el suelo y se mezclaron, con una alegría casi personal, con los de nácar que Elena había dejado sobre el mostrador para contarlos. Algunos se escondieron bajo el expositor de cintas. Uno, muy pequeño y muy redondo, siguió rodando hasta la puerta y se detuvo en el umbral, como si se lo estuviera pensando.

Estaba a cuatro patas recogiéndolos cuando entró la señora Pepita.

—¿Y tu madre?

—En el mercado. Hoy estoy yo. ¿En qué puedo ayudarla?

La señora Pepita, ochenta y tantos años y un bolso de charol del tamaño de una maleta, dejó sobre el mostrador un botón dorado con un ancla grabada.

—Necesito seis como este. Para la chaqueta de mi difunto, que me la estoy arreglando para mí.

Elena buscó. Buscó en la izquierda, en el medio, en donde pudo. Encontró anclas plateadas, anclas sin dorar, un timón y un caballito de mar. La señora Pepita la observaba con la paciencia infinita de quien tiene toda la mañana libre.

—Segunda fila, tercer cajón, al fondo —dijo al fin—. En una cajita de Juanola.

Allí estaban. Seis anclas doradas en una caja de pastillas para la tos.

—¿Cómo lo sabía?

—Porque los compré yo en 1988 y tu madre los guardó ahí por si acaso. Tu madre lo guarda todo por si acaso.

A las once entró una chica joven que pedía bies de algodón de dieciocho milímetros. Elena le ofreció una cinta de raso con su mejor sonrisa profesional, y la chica, con mucha educación, le explicó la diferencia, le enseñó dónde estaba el bies y le cobró ella misma porque Elena no encontraba la tecla del descuento en la caja registradora, que era más antigua que su hija. A las doce y media, dos hermanas gemelas discutieron delante de ella si una cremallera era invisible o solo discreta, y como no se pusieron de acuerdo le pidieron que hiciera de árbitro. Elena miró la cremallera largo rato y dijo «discreta», con la seguridad de quien firma un informe. Las dos se rieron a la vez.

—Es invisible, hija. Pero ha estado bien que lo intentaras.

Hacia las seis, Elena había apuntado en una libreta, porque una libreta no es una hoja de cálculo, todo lo que había aprendido aquel día. La lista ocupaba tres páginas. La de cosas que había vendido sin ayuda, cuatro líneas. Dos de ellas eran «tijeras», y aun así una clienta le había advertido que no eran las mejores para cortar tela.

A las ocho menos cinco estaba sentada en el suelo, detrás del mostrador, separando botones de madera y de nácar en dos montones. Lo había hecho mil veces con ocho años, en una caja de galletas, y entonces le parecía un juego. Ahora le dolían las rodillas y sospechaba que algún botón la estaba mirando con ironía.

Sonó la campanilla.

—Perdone. Ya sé que es tarde.

Elena se asomó por encima del mostrador. En la puerta había un hombre que ocupaba casi todo el hueco: alto, ancho de hombros, con una barba gris muy bien recortada y una camisa de cuadros

remangada hasta los codos. Tendría cincuenta y pocos. Se había agachado un poco al entrar, por costumbre, aunque no le hacía falta. Y sostenía con las dos manos, con el cuidado con que se sostiene a un pájaro herido, una maraña de lana azul de la que asomaban dos agujas como las antenas de un insecto desorientado.

—¿Esto tiene arreglo? —preguntó.

Elena se levantó y se sacudió las rodillas.

—Depende de lo que sea esto.

—En teoría, la espalda de un jersey. En la práctica, no lo sé. Iba bien. Iba muy bien, de hecho, hasta el miércoles. Y el miércoles algo pasó.

Dejó la maraña sobre el mostrador con delicadeza. Elena la estudió. Había nudos dentro de nudos, una vuelta que parecía ir hacia atrás y un punto que, por lo que se veía, se había tejido a sí mismo.

—Tengo que confesarle algo —dijo ella—. Hoy es mi primer día. No sé tejer.

—Ah. —Él lo pensó un momento—. Yo tampoco, en realidad. Así que vamos empatados.

Elena tiró con cuidado de un extremo. Luego de otro. Y en algún momento dejó de ver una maraña y empezó a ver un problema: cruces, trayectorias, el orden en que había que deshacer cada vuelta para que la siguiente se soltara sola. Era casi topología. Lo único de toda la jornada que entendía de verdad.

—Sujete aquí —dijo—. No, más arriba. Así.

Él obedeció. Tenía unas manos enormes, de dedos gruesos, que sujetaban la lana con una precisión inesperada, como si estuvieran acostumbradas a trabajar con cosas pequeñas y delicadas. Durante unos minutos no hablaron. Fuera, la calle se iba quedando azul.

—¿Para quién es el jersey? —preguntó Elena.

—Para Carmen. —Y algo le cambió en la voz, se le ablandó—. Lo quiere azul, como el mar de Cadaqués, palabras textuales. Y que no pique. Dice que lo que pica es una injusticia.

—Entonces no le servirá esta lana. Es acrílica.

—¿Y cuál no pica?

Elena miró los estantes, desesperada, hasta que vio una etiqueta escrita con la letra redonda de su madre: «Lana merina. Suave como un domingo».

—Esta —dijo, como si lo hubiera sabido siempre.

Él se acercó a tocarla y sonrió como un niño delante de un escaparate.

—Le voy a contar por qué hago esto —dijo, sin que ella se lo hubiera preguntado—. El cardiólogo me dijo que necesitaba algo que me calmara. Yoga, meditación, paseos. Probé el yoga y la profesora me pidió, con mucho cariño, que no volviera a intentar la postura del árbol cerca de las ventanas. Así que me compré unas agujas. —Señaló la maraña—. Y aquí estoy, con la tensión más alta que nunca.

Elena se rio.

No fue la risa educada de las reuniones ni la que le salía con sus amigas, que también era buena pero conocida. Fue otra cosa, una risa que le subió del estómago sin pedir permiso y la obligó a apoyarse en el mostrador. Él la miró, primero sorprendido y luego encantado, y acabó riéndose también, con una risa grave que hizo temblar un poco los carretes de hilo de la estantería.

Desenredaron la última vuelta a las ocho y veinte. Él se llevó cuatro ovillos de lana merina y la promesa de volver si el miércoles se repetía. En la puerta se giró.

—Me llamo Andrés.

—Elena.

—Gracias, Elena. Por no saber tejer.

La campanilla sonó y la calle se lo tragó.

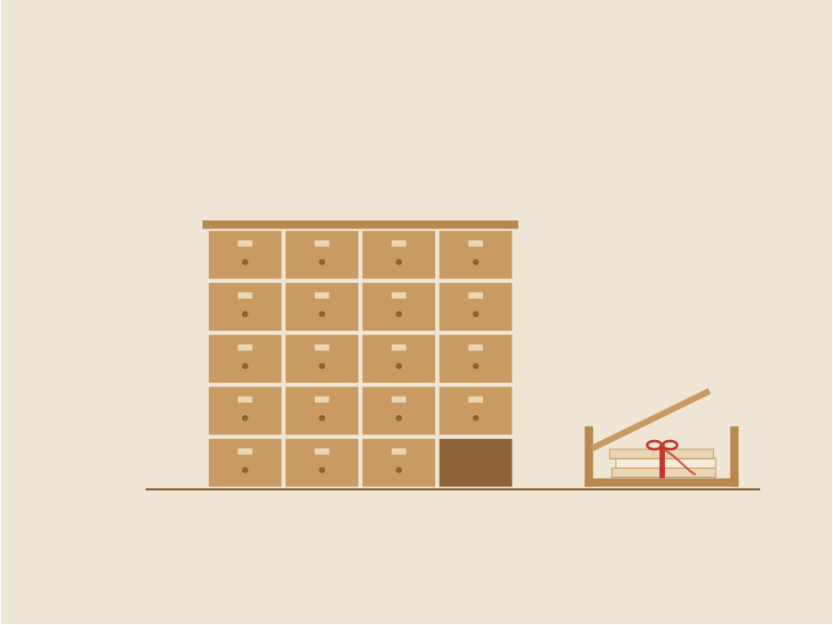
Cuando Rosa bajó, a las ocho y media, se encontró a su hija sentada otra vez en el suelo, con los botones a medio separar y una sonrisa que no venía a cuento.

—¿Qué tal el primer día?

—Un desastre absoluto.

—Ya. —Rosa levantó la ceja izquierda—. Pues se te ve contenta.

Elena no supo qué contestar. Cogió un botón de nácar, lo dejó en su montón y siguió sonriendo sin saber muy bien por qué.



Bajo el fondo falso, cincuenta años guardados por si acaso.

CAPÍTULO 4

Lo que guardan los cajones

A los cinco días, Elena bajó el portátil a la tienda.

Técnicamente no rompía ninguna promesa. Rosa había prohibido las hojas de cálculo pegadas en el mostrador, y aquella no estaba pegada en ningún sitio: vivía dentro de un ordenador colocado con mucha discreción sobre la caja de los dedales. Se llamaba «Inventario_Mercería_v3». Tenía cuatrocientas doce filas, un código para cada cajón y una columna en rojo titulada «Sin movimiento desde antes de 1990».

Rosa la descubrió a las diez y media, al volver del mercado con un ramo de acelgas asomando del carrito.

—¿Eso qué es?

—Un sistema. Mira. —Elena giró la pantalla con el orgullo de quien enseña la foto de un nieto—. Si numeramos los cajones, cualquiera sabrá dónde está cada cosa. Y esta columna roja es todo lo que podríamos liquidar antes de septiembre. Hay un cajón entero de hebillas de cinturón de los setenta.

—Esas hebillas son de la señora Dolors.

—La señora Dolors no ha comprado una hebilla desde que yo hacía la comunión.

—Porque aún no las necesita. Pero vendrá.

Elena respiró hondo, como en las reuniones de presupuesto.

—Mamá, ayer una señora tardó cuarenta minutos en comprar un botón.

—Cuarenta y cinco. Me contó que su yerno se ha apuntado a clases de salsa. —Rosa se quitó el abrigo con calma—. Y la semana que viene volverá a contarme si el yerno tiene ritmo. Y se llevará un botón, o dos, o una cremallera, o nada. Pero volverá.

—Eso no es un modelo de negocio.

—Es el único que ha funcionado aquí cincuenta años. —Rosa apoyó las dos manos en el mostrador, y Elena vio en los nudillos lo que su madre llevaba meses callándose—. Si pones un número en cada cajón, nadie te preguntará nada. Y si nadie pregunta, nadie cuenta nada. Esto no es una ferretería, nena. Aquí la gente no viene solo a por hilo.

—¿Y a por qué viene?

Rosa la miró como se mira a alguien que ya debería saberlo.

—A que la escuchen mientras busca el hilo.

Elena cerró el portátil, no del todo. Lo dejó entornado, como una puerta que no ha terminado de rendirse. Pactaron, con la gravedad de dos jefas de Estado, que Elena podía ordenar lo que quisiera siempre

que no tirase nada. Ni una hebilla ni un caballito de mar. Ni siquiera las cajas de Juanola.

A la hora de comer sonó el móvil. Era Júlia, en videollamada, y Elena contestó tan deprisa que casi lo lanzó dentro de la caja de las cintas.

—¡Mamá! ¡Mira esto!

La pantalla se llenó de cielo. Luego de tejados naranjas, de un tranvía amarillo que subía una cuesta imposible y de la cara de su hija, morena en una sola semana, con el pelo recogido en un moño que se caía por un lado.

—Estamos en un mirador de la Graça. Esta es Inês, y este es Tobias, que se ríe más fuerte que nadie en todo Lisboa. Saluda, Tobias.

Tobias saludó. Inês también. Elena saludó a dos desconocidos con la mano llena de botones.

—¿Comes bien? ¿Has encontrado el supermercado que te dije? ¿Cierras la ventana por la noche? En Lisboa refresca, lo he mirado, la amplitud térmica...

—Mamá. —Júlia se rio, pero ya miraba hacia un lado, hacia alguien que la llamaba—. Como bien, duermo bien, estoy genial. Oye, te llamo otro día con calma, que nos vamos a ver el atardecer y si no corremos nos lo perdemos.

—Claro, claro. Ve.

—¡Te quiero! ¡Un beso a la iaia!

Y la pantalla se quedó negra, con el reflejo de Elena dentro, sosteniendo un botón de nácar como si fuera una pregunta.

Se quedó un rato quieta. Su hija estaba feliz, y eso era exactamente lo que ella había deseado durante diecinueve años. Lo había calculado todo para ese momento: los idiomas, el ahorro para el Erasmus, la maleta. Lo que no sabía era que la felicidad de una hija,

vista desde lejos, a veces se parece mucho a que no te necesite.

—Se te ha puesto cara de despedida —dijo Rosa desde la trastienda.

—Tenía prisa. Se iba a ver un atardecer.

—Hace bien. Los atardeceres no esperan. —Rosa salió secándose las manos en el delantal—. Tú también me colgabas así. Con diecinueve años, desde aquel campamento de Huesca. «Te llamo otro día, mamá». Y no llamabas.

—¿Y qué hacías tú?

—Sentarme aquí, en este taburete, y pensar que lo había hecho bien. —Le dio un golpecito en el hombro—. Soltar es como tejer, nena. Se aprende deshaciendo mucho.

Por la tarde, con la tienda tranquila y el sol entrando de lado por el escaparate, Elena atacó el último cajón de la fila de abajo, el que nadie abría nunca. Se encajaba un poco, como el del primer día, pero esta vez tiró despacio, con respeto, igual que se tira de una lana enredada. Dentro había tizas de sastre partidas, una cinta métrica en pulgadas y un acerico con forma de tomate al que le faltaban la mitad de las hojas. Y al fondo, cuando ya creía que había terminado, la madera hizo un ruido hueco.

El fondo se levantaba. Debajo había un fajo de cartas.

Eran unas quince, atadas con una cinta de raso que alguna vez había sido azul. Los sobres estaban amarillentos y los sellos llevaban precios en pesetas que daban ternura. En todos, la misma letra inclinada y elegante, de las que se aprendían con plumilla, había escrito el nombre de su madre y una dirección de la calle Verdi. La fecha del primer matasellos era de 1969. Rosa tenía entonces dieciocho años. Seis antes de abrir la tienda.

Elena no abrió ninguno. Le dio la vuelta al de arriba, solo eso, y en el reverso leyó el remite: «Joaquim». Nada más. Ni apellido, ni

ciudad. Solo un nombre escrito con la confianza de quien sabe que con eso basta.

Nunca, en cuarenta y seis años, había oído a su madre pronunciar ese nombre.

La campanilla no sonó, porque Rosa no venía de la calle. Bajaba de casa, por la puerta de la trastienda, con un tupper de acelgas para la cena y una frase a medio decir sobre el aceite. Se paró en seco.

Elena levantó el fajo, todavía de rodillas.

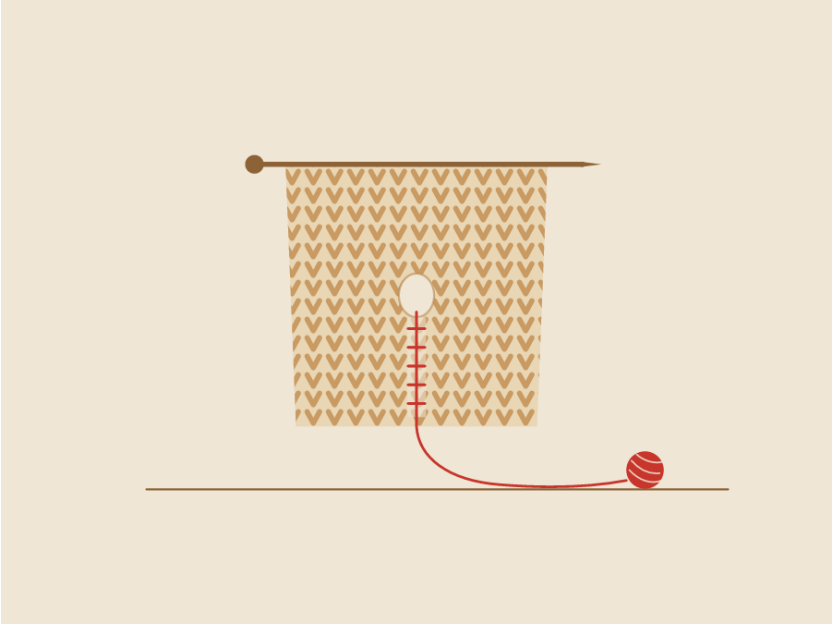
—Mamá, ¿quién es...?

Rosa dejó el tupper sobre el mostrador. Cruzó la tienda en cuatro pasos, cogió las cartas de las manos de su hija con suavidad y con firmeza a la vez, como se le quita algo frágil a un niño, y se las guardó en el bolsillo del delantal. Tenía las mejillas rojas y la boca muy apretada.

—Las acelgas, a fuego lento —dijo—. Que se te queman siempre.

Y volvió a subir.

Elena se quedó sentada en el suelo, con el acerico de tomate en el regazo y el cajón abierto delante, con su fondo falso a la vista. Pensó en su caja diecinueve, la de «Varios», que seguía sin abrir junto a la ventana. Y entendió, con la claridad incómoda de las cosas que no salen en ningún inventario, que su madre también tenía una. Solo que llevaba cincuenta años guardándola en la tienda, por si acaso.



Por el agujero de un punto caído entra la vida.

CAPÍTULO 5

Punto bobo

Andrés volvió el martes siguiente, a las seis y diez, con los cuatro ovillos de lana merina metidos en una bolsa de tela y una cara de culpa que no necesitaba explicación.

—No se ha enredado —dijo antes de que Elena abriera la boca—. Esta vez es otra cosa. Tengo un agujero.

Sacó la labor y la extendió sobre el mostrador. Llevaba un palmo de espalda, más o menos recto, y en el centro, como un ojo de buey, había un hueco por el que cabía un dedo.

—Se me escapó un punto el sábado —explicó—. Lo vi bajar vuelta a vuelta, como una carrera en una media, y no supe pararlo. Me quedé mirándolo. Como quien ve un accidente a cámara lenta.

—Eso es un punto caído —dijo Elena, que lo había leído la noche anterior en una de las cuarenta revistas de patrones de su madre.

—¿Ve? Usted sabe cosas.

—Sé cómo se llama. No sé arreglarlo.

Andrés guardó silencio un momento. Luego se rascó la barba con un gesto que, Elena empezaba a comprender, significaba que estaba a punto de pedir algo.

—¿Daría clases? Le pagaría, claro. Una hora a la semana. Esto solo no lo saco adelante, y en internet todos los vídeos los hace una señora de Ohio que va demasiado deprisa.

—Andrés, le dije que no sé tejer.

—Ya. Pero la otra noche deshizo mi desastre en veinte minutos. Algo sabe.

Elena miró el agujero. Miró las manos de él, enormes y pacientes sobre la lana azul. Y, sin pensarlo, por segunda vez en un mes, dijo:

—Vuelva el martes que viene. A las seis.

Esa misma noche, después de cenar, se sentó en la cocina frente a su madre con dos agujas y un ovillo de lana de color mostaza, el más feo de la tienda, porque Rosa decía que con los colores bonitos se aprende peor.

—Lo primero es el punto bobo —anunció Rosa.

—¿Se llama así?

—Se llama así porque es el más sencillo. Todo del derecho, vuelta tras vuelta. Hasta un bobo lo saca.

—Muy alentador, mamá.

Rosa le colocó los dedos uno a uno, igual que cuando le enseñó a sujetar el lápiz. Metes la aguja, rodeas, sacas, dejas caer. Metes, rodeas, sacas, dejas caer. Elena tejió tres vueltas con la concentración de quien desactiva una bomba y, al terminar, contó los puntos. Había

empezado con veinte. Tenía veintitrés.

—Se me han reproducido.

—Pasa mucho al principio. —Rosa sonrió, y por un instante la ceja izquierda se le quedó quieta—. Otra vez.

Practicaron cada noche. Elena llegó al martes con una tira mostaza de un palmo, un poco más ancha por arriba que por abajo, y la seguridad de llevarle exactamente una semana de ventaja a su alumno.

Pero a las seis no estaba solo Andrés. Estaba también la señora Amparo, la del cuarto primera, viuda desde hacía tres inviernos, que había bajado «solo a mirar» y se había sentado en el taburete de Rosa con una labor de ganchillo sacada del bolso como por casualidad. A los diez minutos ya le había recogido a Andrés el punto caído con una aguja auxiliar, sin dejar de hablar del precio de las alcachofas.

—Usted es una artista —dijo Andrés.

—Yo soy de Lleida, hijo. Allí aprendemos a tejer antes que a andar.

El martes siguiente, Elena pegó en el escaparate un papel escrito a mano: «Martes, 18 h. Punto para principiantes. Se aceptan desastres». Lo escribió así para no parecer profesional. Funcionó demasiado bien.

Se presentó Biel, un estudiante de arquitectura con gafas redondas y uñas mordidas, que quería algo que hacer con las manos mientras repasaba para septiembre y que en la primera tarde le preguntó a Elena si el punto bobo admitía variaciones estructurales. Llegaron también Remei y Conxita, amigas desde la escuela de las monjas, jubiladas de una fábrica textil de Sabadell, que se sentaban siempre juntas y se corregían la una a la otra con la ternura feroz de las amigas que llevan sesenta años sin darse la razón.

—Conxita, aprietas demasiado.

—Yo aprieto lo justo. Tú lo dejas todo flojo, como tu cuñado.

En tres semanas, la tienda cambió de forma. Rosa bajó dos sillas plegables del trastero, la señora Amparo trajo una tetera y Biel

apareció un día con una bandeja de cocas de llardons de la panadería de la esquina, porque, según él, el carbohidrato mejora la tensión del hilo. A las seis la persiana estaba subida y la campanilla no paraba; a las ocho, cuando cerraban, el suelo estaba sembrado de hebras de colores y alguien siempre se reía de algo.

Andrés era el peor alumno de todos y el que más disfrutaba. Tejía con la lengua entre los dientes, se le escapaban puntos como canicas por una escalera y cada vez que deshacía una vuelta lo anunciaba en voz alta, igual que un capitán que comunica el estado del barco.

—Atención. Retrocedo cuatro filas.

—¡Otra vez! —protestaba Conxita.

—Es mi método. Avanzo hacia atrás.

Elena se sentaba a su lado porque era el que más ayuda necesitaba. Eso se decía. Se inclinaba sobre su labor para contarle los puntos, y a veces sus hombros se rozaban, y ella seguía contando con la voz muy firme, dieciséis, diecisiete, dieciocho, como si los números pudieran sujetar algo más que la lana. Una tarde, al recoger un punto caído, sus dedos se encontraron sobre la aguja y ninguno de los dos los apartó enseguida. Fue un segundo. Quizá dos. Elena perdió la cuenta, y era la primera vez en su vida que perdía una cuenta.

—¿Cuántos llevo? —preguntó él.

—Muchos —contestó ella.

Remei carraspeó. La señora Amparo sonrió sin levantar la vista del ganchillo.

Aquel martes Pilar llegó a las ocho menos cuarto. Habían quedado para dar un paseo hasta la plaza de la Virreina y tomar algo fresco, porque hacía un calor de los que no dejan dormir. Se paró fuera, al otro lado del escaparate, con el bolso colgado del hombro, y se quedó mirando sin entrar.

Dentro, seis personas tejían en círculo bajo la luz amarilla. Biel le

explicaba algo a Conxita con las manos. La señora Amparo servía té. Y en medio de todo, Elena se reía echando la cabeza hacia atrás mientras un hombre muy grande le enseñaba, con evidente orgullo, una tira azul con un agujero en el centro.

Pilar esperó a que salieran todos. Saludó a cada uno con su sonrisa de enfermera de urgencias, la que tranquiliza y examina a la vez. Cuando Andrés pasó a su lado, se agachó un poco al cruzar la puerta, como siempre, y le dijo a Elena un «hasta el martes» que no se dirigía a nadie más.

Echaron a andar calle arriba. Pilar no habló hasta la esquina.

—¿Desde cuándo te ríes así?

—¿Así cómo?

—Así. Con la cabeza para atrás. No te veía reírte así desde el viaje de fin de curso.

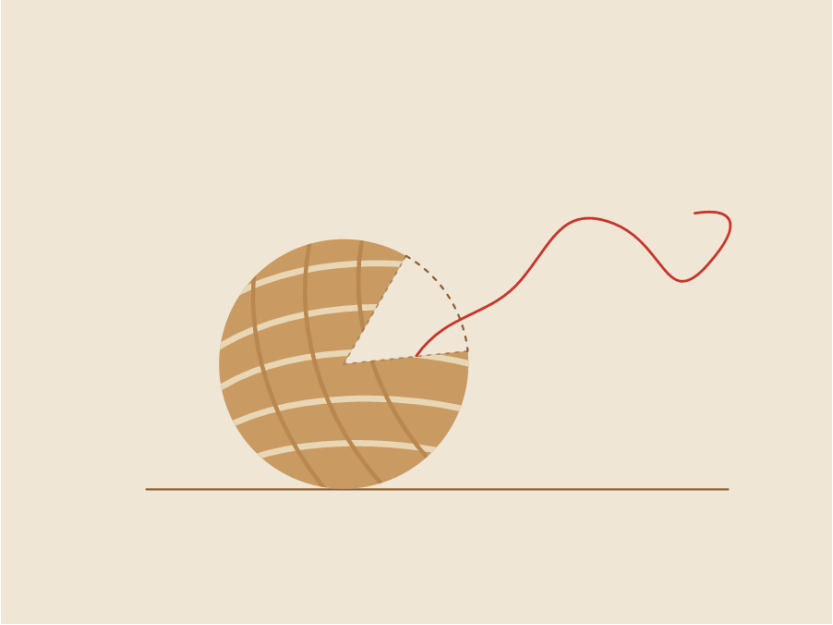
—Es un grupo muy divertido. Conxita y Remei son un número.

—Ya. —Pilar se paró en seco y la miró a los ojos—. Elena, llevo veinticinco años en urgencias. Sé reconocer una taquicardia a tres metros de distancia y a través de un cristal.

—No sé de qué me hablas.

—Lo sé —dijo Pilar, y la cogió del brazo con una ternura enorme —. Por eso te lo digo yo primero.

Elena se rio, negó con la cabeza, habló del calor y de las cocas de Biel. Pero esa noche, en la cama de noventa, contó puntos imaginarios para dormirse, y en algún momento entre el dieciséis y el dieciocho volvió a perder la cuenta.



Un ochenta y cinco por ciento que empieza a deshilacharse.

CAPÍTULO 6

Carmen

El martes siguiente, Andrés llegó antes que nadie. Eran las seis menos cuarto y Elena todavía estaba colocando las sillas plegables en círculo cuando sonó la campanilla y apareció él, agachándose un poco al entrar, con la bolsa de tela en una mano y una sonrisa de las que no caben en la cara.

—Traigo noticias —anunció—. Carmen ha visto el jersey.

—¿Y?

—Dice que va lento. Me ha preguntado si estará terminado para este invierno o para el siguiente. —Se rio y negó con la cabeza—. No se le escapa nada. Nunca se le ha escapado nada.

Sacó la labor y la extendió sobre el mostrador. Llevaba ya dos palmos de espalda, casi rectos, y solo un agujero pequeño en una esquina, que él tapó con el pulgar como quien esconde una mancha en el mantel.

—Ella es la que más me riñe por la sal —siguió, sin que nadie le preguntara—. Desde lo del corazón me vigila el plato como un inspector de Hacienda. Los domingos desayunamos juntos y me quita el azúcar del café sin que me dé cuenta. —Se le ablandó la voz, como la primera noche—. Cuando me ingresaron se pasó la tarde entera a mi lado contándome chistes malísimos. No me podía reír porque me dolía, y ella seguía. Es lo mejor que me ha pasado en la vida, Elena. Sin exagerar.

Elena asintió y siguió colocando sillas. Le salió una sonrisa correcta, de las de reunión, mientras algo se le clavaba debajo del esternón, pequeño y afilado como un alfiler olvidado en un dobladillo.

Hizo el cálculo sin querer. Un hombre de cincuenta y tantos que habla de una mujer con esa voz, que desayuna con ella los domingos y que le teje un jersey del color del mar de Cadaqués porque ella lo pidió así. La probabilidad de que Carmen fuera su esposa rondaba, siendo prudente, el ochenta y siete por ciento. Le miró las manos: no llevaba anillo. Pero con unos dedos así, se dijo, no habría anillo que entrara, y muchos hombres no lo llevan. Ochenta y cinco por ciento. Seguía siendo una cifra muy alta.

Cuando llegaron los demás, Elena se sentó junto a Biel.

—Hoy te ayudo a ti —le dijo—, que con lo de las variaciones estructurales te estás complicando.

Biel la miró extrañado, porque llevaba toda la tarde con un punto bobo perfectamente obediente, pero se dejó ayudar. Elena contó los puntos de Biel, los de Remei y los de Conxita, que no necesitaban que nadie se los contara. Le sirvió té a la señora Amparo dos veces. Y cuando Andrés anunció en voz alta «Atención, retrocedo seis filas»,

ella contestó «Muy bien, Andrés» desde el otro lado del círculo, con el tono de una maestra de primaria, y no se movió de la silla.

Él levantó la vista, desconcertado. Ella la bajó.

A las ocho en punto, ni un minuto más, Elena empezó a recoger las tazas. La señora Amparo la observó por encima de las gafas, enrollando su ganchillo con mucha calma.

—Hoy tienes prisa, nena.

—Mañana madrugo.

—Ya —dijo la señora Amparo, exactamente como lo habría dicho su madre.

Andrés fue el último en salir. Se quedó un momento en la puerta, como si fuera a preguntar algo, y al final solo dijo «hasta el martes». Esta vez sonó a pregunta.

El jueves, en el Racó de la Lola, Pilar golpeó la mesa con el mango del cuchillo.

—Se abre la sesión.

—Pilar, por favor.

—Silencio en la sala. La acusada tiene derecho a una abogada. —Señaló a Sonia—. Esa eres tú. Yo soy la fiscal. Lola es el jurado.

—Yo soy la que trae las bravas —dijo Lola, dejándolas en la mesa —. Pero escucho.

Elena expuso los hechos con método, porque no sabía hacerlo de otra manera. Los desayunos de los domingos. Lo de la sal. Los chistes en el hospital. La lana merina para que no le picara. Y aquel «es lo mejor que me ha pasado en la vida», dicho con una voz que a ella nadie le había dedicado nunca, aunque esa parte no la dijo en voz alta.

—Ningún hombre compra lana merina para una conocida — concluyó.

—Protesto —dijo Sonia—. ¿Ha dicho en algún momento las palabras «mi mujer»?

—No.

—¿Esposa? ¿Pareja? ¿Compañera?

—No exactamente.

—Entonces no hay pruebas. Solo indicios. Y lleváis tres semanas rozándoos los hombros cada martes.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Sonia miró a Pilar. Pilar miró al techo.

—Se dice el pecado, no la pecadora.

—Señoría —siguió Sonia, muy digna—, mi Ramón no sabe lo que es la lana merina. Si lo sabe, es porque se lo he explicado yo, y se le olvidó a los diez minutos. Un hombre que se toma tantas molestias puede estar enamorado, sí. O puede ser un buen hombre. Las dos cosas existen, y a veces vienen juntas.

—La fiscalía quiere añadir algo —dijo Pilar, inclinándose sobre la mesa—. La acusada, en lugar de hacer una pregunta muy sencilla, ha decidido sentarse en la otra punta del círculo y tratar al sospechoso como a un alumno de la ESO. Pido para ella la pena máxima.

—¿Que es?

—Que se lo preguntes.

—No pienso preguntarle a un hombre si está casado. Parecería que me importa.

—Es que te importa —dijeron las dos a la vez.

Lola, que se había quedado apoyada en la barra con un trapo al hombro, carraspeó.

—El jurado opina que se lo preguntes. Y que pidáis postre, que hoy hay crema catalana.

Elena se rio, porque no le quedaba otro remedio, y declaró el caso cerrado por falta de interés. Ninguna de las dos se lo creyó. Ni siquiera Lola.

Volvió a casa sola, pasada la medianoche, por calles que aún guardaban el calor del día. En la plaza del Sol quedaban terrazas encendidas y alguien tocaba una guitarra sin mucha convicción. Iba pensando en la crema catalana, en la ceja de la señora Amparo y en el ochenta y cinco por ciento, que de tanto darle vueltas empezaba a parecerle menos exacto que al principio, cuando le vibró el bolso.

En la pantalla ponía «Xavier».

Se quedó mirándolo dos tonos. Al tercero contestó.

—Elena. ¿Te pillo bien?

Tenía la voz de siempre, ordenada y tranquila, la de un hombre que nunca llama sin haber pensado antes lo que va a decir.

—Estoy volviendo a casa. A casa de mi madre.

—Ya. —Hubo una pausa—. ¿Cómo estás?

—Bien. Llevo la tienda este verano.

—¿La mercería? —Se notó que sonreía, un poco sorprendido—. Vaya. No me lo esperaba de ti.

—Ni yo.

Otra pausa. Elena oyó de fondo el silencio del piso, ese silencio que conocía de memoria, con la nevera zumbando en la cocina.

—Mira, he estado pensando —dijo Xavier—. Mucho. Este piso es enorme ahora, ¿sabes? Hay eco. Y creo que nos precipitamos. Me gustaría verte. Cenar tranquilos y hablar de nosotros.

—¿De nosotros?

—De nosotros, sí. El sábado, si te va bien. En el italiano de siempre.

Elena se había parado delante de la Mercería Rosa sin darse

cuenta. La persiana estaba bajada y el letrero dorado apenas brillaba con la luz de la farola. Detrás, a oscuras, estaban las sillas plegables, la tetera de la señora Amparo y los cajones llenos de botones que alguien vendría a buscar algún día, por si acaso.

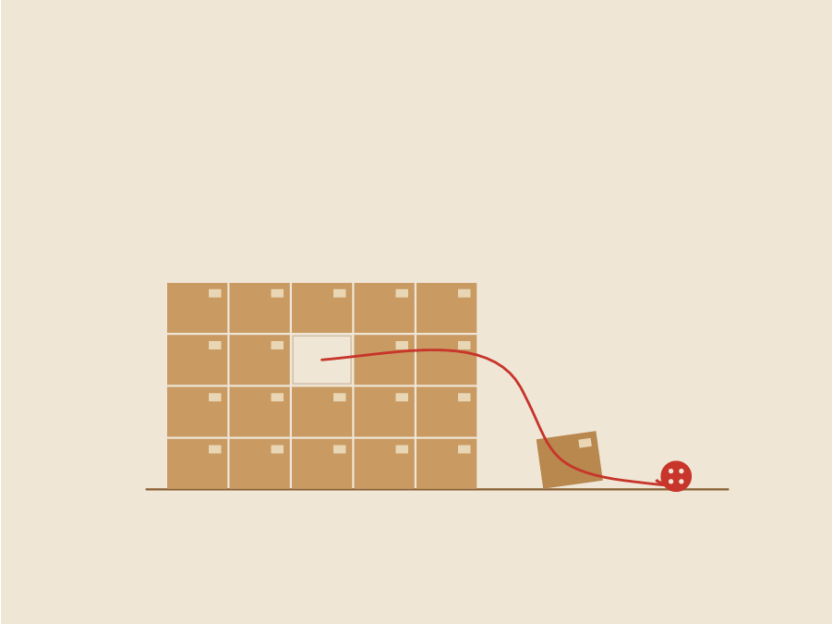
—El sábado —repitió.

—¿Eso es un sí?

Elena miró su reflejo en el cristal del escaparate, desdibujado entre ovillos de colores. Hacía un mes habría sabido contestar en un segundo, con sus pros y sus contras ordenados en dos columnas.

—Es un sábado —dijo al fin—. Ya veremos lo demás.

Colgó. Subió los ciento cuatro escalones y, por primera vez, no los contó.



Lo que encaja de memoria no siempre se echa de menos.

CAPÍTULO 7

La cena que no era una cita

El sábado, Elena se cambió de blusa tres veces. No porque fuera una cita, se dijo delante del espejo de la mancha en forma de nube, sino porque no lo era, y encontrar la ropa adecuada para algo que no es una cita resulta mucho más difícil. Al final eligió la azul marino, la de las reuniones importantes. Rosa la vio pasar por el pasillo y no dijo nada, cosa que en su madre equivalía a un discurso.

—Vuelvo pronto —dijo Elena.

—No he preguntado.

—Ya. Por eso te lo digo.

El italiano de siempre seguía exactamente igual: los manteles de

cuadros, la foto del Vesubio con un rayo de sol descolorido, el camarero de las patillas que llevaba veinte años diciendo «bellissima» a todas las clientas sin distinción. Xavier ya estaba sentado en la mesa de siempre, junto a la ventana, con una botella de vino abierta. El de siempre. Se levantó al verla y le dio dos besos, con una mano en el codo, el gesto exacto de toda la vida.

—Estás muy guapa.

—Gracias. Tú también estás bien.

Lo estaba. Se había cortado el pelo y llevaba una camisa que ella no conocía, y eso le produjo una sensación extraña, como encontrar un mueble nuevo en una casa que ya no es la tuya.

—He pedido la burrata para compartir —dijo él—. Y para ti, los raviolis de calabaza.

Elena abrió la boca y la volvió a cerrar. Iba a pedir los raviolis de calabaza. Llevaba quince años pidiéndolos.

Hablaron de Júlia, que a él también le colgaba para ir a ver atardeceres. Hablaron del piso, de una pareja joven que lo había visitado dos veces y que preguntaba mucho por la luz de la tarde. Hablaron de la aseguradora, de un compañero que se jubilaba, de la gotera del baño que por fin habían arreglado. Era fácil. Era cómodo. Era como ponerse unas zapatillas viejas que ya tienen la forma del pie.

Xavier esperó a que retiraran los platos. Siempre esperaba a que retiraran los platos para hablar de lo importante; decía que las conversaciones serias con comida delante se manchaban.

—Te voy a decir lo que he pensado —empezó, y entrelazó los dedos sobre el mantel—. Creo que nos precipitamos. Estábamos cansados, Júlia se iba, todo se juntó. Pero lo nuestro funcionaba, Elena. Nunca discutíamos. Nos entendíamos sin hablar. Eso no lo tiene casi nadie.

—Es verdad. Casi nunca discutíamos.

—Pues eso. —Sonrió con la tranquilidad de quien ha repasado los números y le cuadran—. Vuelve a casa. Retiramos el piso de la venta, buscamos una rutina nueva, quizá hacemos algún viaje. Lo he pensado bien.

Lo había pensado bien, claro. Xavier no daba un paso sin haberlo pensado bien. Por eso se habían elegido, hacía veintitrés años: dos personas que miraban siempre antes de cruzar.

Elena se quedó en silencio y se dio cuenta de que él no estaba nervioso. Ni un poco. Le servía más vino con el pulso firme, convencido de que la respuesta ya estaba escrita en alguna columna. Y entonces, por primera vez en meses, se permitió escuchar de verdad lo que sentía, sin traducirlo a porcentajes.

Echaba de menos cosas, sí. Echaba de menos saber de qué lado de la cama dormir sin pensarlo. Echaba de menos los domingos con el periódico repartido por secciones, alguien que supiera que tomaba el café con un poco de leche fría, el ruido de las llaves en la puerta a las siete y media. Echaba de menos los raviolis pedidos sin preguntar.

Pero, buscando bien, igual que se busca un botón en el fondo de un cajón, no encontró a Xavier en ninguna de esas cosas. Encontró la costumbre. Él solo estaba de pie a su lado, muy educado, como había estado siempre.

—Xavier —dijo, y le salió una voz tranquila, casi suave—. Echo de menos muchas cosas. La casa. Los domingos. Saber qué va a pasar mañana. Pero me he dado cuenta de que no te echo de menos a ti. Y creo que a ti te pasa lo mismo, aunque el piso tenga eco.

Él parpadeó. Dejó la botella en la mesa despacio.

—No me lo esperaba.

—Ya lo sé. Yo tampoco.

—Pensaba que... —Se detuvo, y por un instante pareció más joven y más perdido, como el chico de las gafas de pasta que conoció en la

facultad—. Pensaba que sabía lo que ibas a decir.

—Nos conocemos muy bien. Pero hace tiempo que nos conocemos de memoria, y eso no es lo mismo.

Xavier miró por la ventana un buen rato. Luego asintió, una sola vez, y en ese gesto Elena vio algo parecido al alivio, aunque ninguno de los dos lo nombró.

Pagaron a medias, como siempre. En la puerta se dieron un abrazo largo, más sincero que todos los del último año.

—Lo de la mercería te sienta bien —dijo él—. Te noto distinta.

—Desordenada.

—Bueno. Eso también.

Volvió andando por calles todavía templadas. Sentía las piernas ligeras y una tristeza pequeña y limpia, de las que no pesan, como quien cierra una carpeta que lleva años abierta encima de la mesa.

En la cocina había luz. Rosa estaba sentada a la mesa con una manzanilla en el vaso de Nocilla, en bata, con las gafas puestas. Delante tenía el fajo de cartas, desatado, y la cinta de raso que alguna vez fue azul, enrollada con cuidado junto a la azucarera.

—¿Qué haces despierta?

—Esperarte. —Rosa empujó una silla con el pie—. ¿Qué tal la cena que no era una cita?

—Le he dicho que no.

Rosa la miró largamente por encima de las gafas. Luego asintió, como si confirmara algo que ya sabía.

—Siéntate, nena. Te debo una explicación.

Elena se sentó. Su madre puso la mano sobre las cartas, sin abrirlas.

—Joaquim trabajaba en la imprenta de la calle Siracusa. Tenía veinte años, las manos siempre manchadas de tinta y unas ganas de

mundo que daban miedo. Lo conocí en la fiesta mayor de 1969, bailando muy mal, como tu Andrés teje.

—No es mi Andrés.

—Ya. —La ceja izquierda subió y bajó—. Nos escribíamos aunque vivíamos a cuatro calles, porque a mi padre no le gustaba. Y un día me pidió que me fuera con él a Francia. Le habían ofrecido trabajo en una imprenta de Perpiñán. Decía que allí podríamos empezar sin que nadie nos dijera cómo.

—¿Y qué le contestaste?

—Nada. Ese fue el problema. —Rosa sonrió con una tristeza muy antigua—. Yo tenía una vida prevista, ¿entiendes? El barrio, la familia, una tienda algún día. Todo estaba ordenado. Y él era lo único que no salía en el plan. Tuve tanto miedo que me quedé quieta, esperando a que el miedo decidiera por mí. Y decidió. Se marchó en octubre.

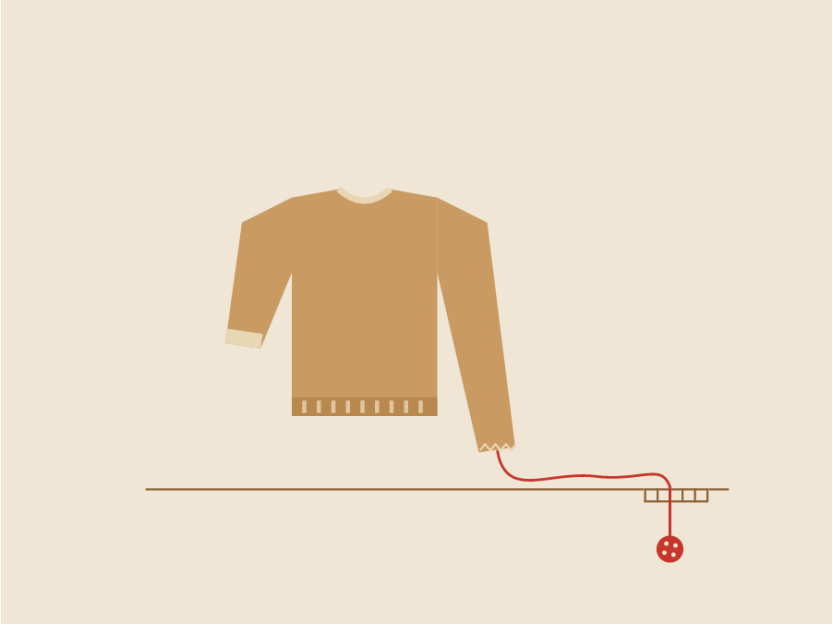
Elena le cogió la mano. Tenía los nudillos fríos.

—Luego conocí a tu padre, y le quise mucho, que no se te olvide nunca. Abrí la tienda. Te tuve a ti. No me arrepiento de mi vida, nena. Me arrepiento de no haber dicho nada aquella vez. —Le apretó los dedos—. Por eso me alegro de que tú esta noche sí hayas hablado.

Se quedaron un rato en silencio, con la manzanilla enfriándose y el rumor de la plaza entrando por la ventana. Elena miró las cartas, la letra inclinada, los sellos en pesetas.

—¿Sabes qué fue de él?

Rosa negó despacio con la cabeza. Y por primera vez en toda la noche, sonó a pregunta.



Doce centímetros de más y una sospecha menos.

CAPÍTULO 8

Madejas y malentendidos

El martes siguiente, a las cinco y media, Elena estaba subida a la escalera de mano colocando ovillos por colores, del más claro al más oscuro, porque eso no contaba como hoja de cálculo. Sonó la campanilla y, antes de que pudiera girarse, una voz muy aguda y muy segura de sí misma dijo:

—Abuelo, aquí huele a armario de la iaia.

Elena bajó la vista. En la puerta estaba Andrés, agachándose un poco como siempre. Delante de él, con las manos en las caderas, había una niña de unos seis años con dos coletas desiguales, una mochila con forma de tortuga y la mirada de un inspector que acaba de entrar en un restaurante sospechoso.

—Elena, te presento a Carmen —dijo Andrés—. Carmen, esta es la señora que me enseña a tejer.

—¿Tú eres la que le deshace los nudos?

—La misma.

—Pues tienes mucho trabajo.

Elena se agarró a la escalera. En algún lugar de su cabeza, una cifra que llevaba una semana rondando el ochenta y cinco por ciento cayó de golpe, como un botón por una rejilla, y se quedó en cero. No tuvo tiempo de sentir alivio, ni vergüenza, ni nada con nombre. Solo notó que le subía a la cara un calor que no tenía nada que ver con el mes de julio.

—Hemos venido antes porque hay una emergencia —anunció Carmen.

—Una pequeña emergencia —matizó Andrés.

—Grande.

Andrés sacó de la bolsa de tela el jersey. Estaba terminado, o algo parecido. La espalda, el delantero y las dos mangas, cosidos con una paciencia evidente y una técnica discutible. Era azul, de un azul precioso, como el mar de Cadaqués en las postales. Carmen se lo puso ella sola por la cabeza, con un gesto de bailarina, y extendió los brazos.

La manga izquierda le llegaba justo a la muñeca. La derecha le tapaba la mano entera y le colgaba unos diez centímetros más, como la trompa de un elefante pequeño y muy digno.

—¿Lo ves? —dijo Carmen—. Así no puedo comer.

—Puedes comer con la otra mano —propuso Andrés.

—Soy diestra, abuelo.

Elena bajó de la escalera y se agachó delante de la niña. Midió las dos mangas con la cinta métrica, por pura costumbre, y lo que salió

fue una carcajada que intentó tragarse sin éxito.

—Doce centímetros de diferencia.

—Es que la derecha la tejí viendo el fútbol —confesó él—. Me emocioné.

—¿Tiene arreglo? —preguntó Carmen, muy seria—. Porque mi madre dice que todo tiene arreglo menos el abuelo.

—Esto sí lo tiene. Hay que deshacer unas vueltas y volver a cerrar. —Elena le subió la manga larga con cuidado y le dejó la mano fuera —. Y tú, ¿le pica?

—No. Es merina. Lo que pica es una injusticia.

Lo dijo exactamente igual que se lo había citado Andrés aquella primera noche, palabra por palabra, y Elena tuvo que mirar hacia el escaparate para no reírse otra vez.

Carmen se sentó en el taburete de Rosa, sacó un cuaderno de la mochila de tortuga y se puso a dibujar ovillos con mucha concentración y la lengua entre los dientes. Elena reconoció el gesto. Era el mismo que hacía su abuelo cuando se le escapaba un punto.

Andrés se apoyó en el mostrador, al lado de Elena, mientras ella empezaba a soltar la costura de la manga.

—Los martes la recojo del campus de verano —dijo en voz baja —. Mi hija trabaja hasta tarde. Hoy no había nadie que se la quedara, y se ha empeñado en venir. Quería ver dónde se hacía su jersey. Dice que tiene derecho a supervisar.

—Tiene razón.

—Siempre la tiene. Es agotador.

Elena deshizo la primera vuelta, despacio. Sin levantar la vista, preguntó lo que llevaba semanas sin preguntar, con un tono tan casual que le salió un poco forzado.

—¿Y su abuela?

—La abuela de Carmen vive en Girona, con un señor muy simpático que hace cerámica. —Andrés sonrió sin rastro de amargura —. Nos divorciamos hace cuatro años. Nos llevamos bien. Mejor que casados, la verdad. Por Navidad comemos todos juntos y él me regala tazas.

—Ah.

Fue un «ah» pequeño, pero Elena notó que le cabían muchas cosas dentro.

—Tenía un restaurante —siguió él, como si una confesión arrastrara a la otra—. En el Poblenou, veintidós años. Pequeño, de cocina de mercado. Trabajaba catorce horas al día y me encantaba. Hasta que el corazón me dijo que ya estaba bien. —Se tocó el pecho con dos dedos, como quien llama a una puerta—. Lo cerré en enero. Lo vendí a dos chicos jóvenes que hacen cosas con espumas. Me invitaron a la inauguración y me pusieron una croqueta deconstruida.

—¿Y qué tal?

—Muy rica. Pero yo no sabía dónde empezaba.

Elena se rio. Él también, pero luego se quedó callado, mirando cómo ella deshacía la manga vuelta a vuelta.

—La verdad es que no sé hacer otra cosa —dijo—. O no sabía. Me levantaba a las seis para ir al mercado y ahora me levanto a las seis y no tengo adónde ir. Así que aprendo cosas inútiles. A tejer. A no echarle sal a todo. A tener las tardes libres. —Se encogió de hombros —. Estoy empezando de cero a los cincuenta y cuatro. Es ridículo.

—No es ridículo —dijo Elena—. Yo estoy igual. Vivo en la habitación de cuando tenía quince años y llevo una mercería sin saber distinguir un bies.

—Pero ya lo distingues.

—Desde hace dos semanas.

—¿Ves? Avanzamos.

—Hacia atrás.

—Es mi método.

Se miraron. Estaban muy cerca, inclinados los dos sobre la manga azul, y la tienda estaba en silencio salvo por el rasgueo del lápiz de Carmen. Elena tenía entre los dedos el hilo suelto de la última vuelta, y él puso la mano encima para sujetarlo, como el primer día, cuando no sabían nada ninguno de los dos. Esta vez nadie contó nada. Elena se dio cuenta de que él tenía los ojos más claros de lo que creía, de un gris casi verde, y de que la estaba mirando como si también acabara de descubrir algo.

—Elena —dijo Andrés, y no añadió nada más. Solo su nombre, como quien deja una puerta abierta.

Sonó la campanilla.

—¡Te lo dije, Remei! ¡Te dije que hoy llegábamos antes que nadie!

—Pues ya ves que no. Que hay gente.

Conxita y Remei entraron discutiendo, con sus bolsas de labor y una caja de pastas. Detrás venía la señora Amparo con la tetera envuelta en un paño, y detrás de ella Biel, con las gafas empañadas por el calor y una bandeja de cocas.

Andrés soltó el hilo. Elena se enderezó tan deprisa que tiró la cinta métrica al suelo.

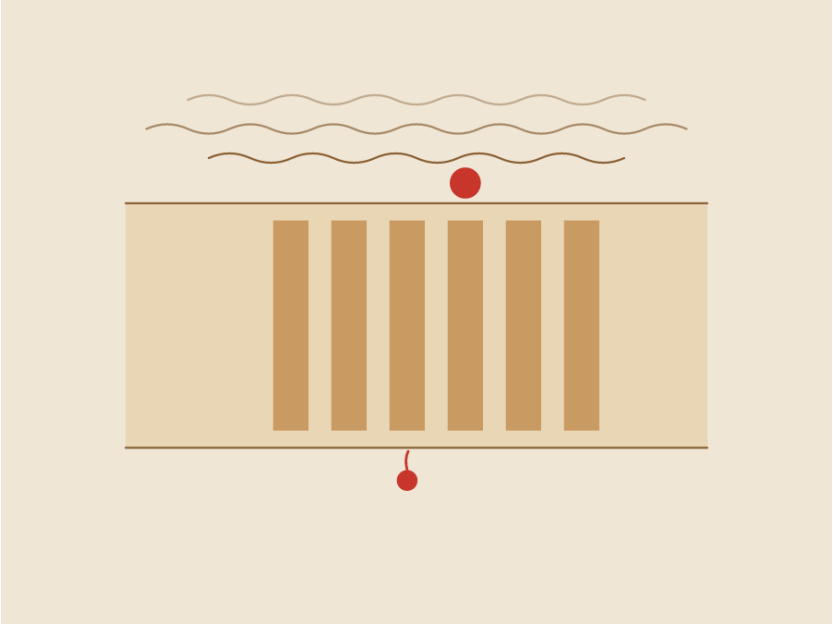
La señora Amparo se detuvo en el umbral. Miró a Elena, miró a Andrés y miró a la niña del taburete, que en ese momento levantó la cabeza del cuaderno.

—Hola. Soy Carmen. El jersey es para mí. Tiene una manga larga porque mi abuelo veía el fútbol.

La señora Amparo dejó la tetera sobre el mostrador con mucha calma. Luego se volvió hacia Elena y, por encima de las gafas, le dedicó la sonrisa más larga y más elocuente que le habían dedicado en todo el verano.

—Ah —dijo—. Carmen.

Elena se agachó a recoger la cinta métrica y se quedó ahí abajo un poco más de lo necesario.



Mirar antes de cruzar ya lo sabía. Faltaba cruzar.

CAPÍTULO 9

Lo que no se calcula

Encontrar a Joaquim le costó a Elena cuatro días, tres búsquedas absurdas y una llamada a Sonia, que conocía a todos los que tenían algo que ver con el papel en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

—¿Joaquim Ballester? —dijo Sonia al otro lado del teléfono, con la voz de quien acaba de encontrar un libro descatalogado—. Tiene un taller de imprenta en Sitges. Hace puntos de libro a mano, con tipos de plomo. Le compro cada Navidad. Un señor encantador, con las manos siempre negras.

Elena colgó y se quedó mirando la pantalla del portátil, donde había una foto pequeña y desenfocada: una puerta verde, un escaparate con carteles antiguos y un hombre mayor de espaldas,

inclinado sobre una máquina. No se le veía la cara. Pero se le veían las manos.

Se lo dijo a su madre esa noche, mientras fregaban. Rosa dejó el plato que estaba secando a medio camino y se quedó un rato quieta, con el trapo en la mano.

—Sitges —repitió—. Siempre le gustó el mar.

—Puedo buscar el teléfono del taller.

—No. —Rosa colgó el trapo en el asa del horno con mucho cuidado—. Si llamo, me da tiempo a tener miedo. Iremos el miércoles.

El miércoles, Elena pegó un cartel en la puerta de la tienda que decía «Cerrado por asuntos familiares». Rosa lo miró, sacó un bolígrafo del delantal y añadió debajo, con su letra redonda: «y del corazón». Luego se fue a coger el abrigo de entretiempo, aunque estaban a treinta grados.

El tren salió de Passeig de Gràcia a las diez y doce. Rosa se sentó junto a la ventana, con el bolso en el regazo y las dos manos encima, como se sentaba en las bodas. Se había puesto la blusa de flores pequeñas y unos pendientes de perla que Elena no le veía desde la comunión de Júlia. Durante un buen rato no habló ninguna de las dos. Pasaron Bellvitge, El Prat, los polígonos y las naves, y de pronto, después de un túnel, apareció el mar a la izquierda, enorme y quieto, como si alguien acabara de descorrer una cortina.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Elena.

—Tengo setenta y cuatro años, nena. Yo ya no me pongo nerviosa. —Rosa se tocó un pendiente—. ¿Se me ve mucho?

—Un poco.

—Pues vaya.

Se rieron. Y en esa risa algo se aflojó, porque Rosa se volvió hacia ella y le dijo, sin mirar el mar:

—¿Sabes qué es lo que más me ha pesado todos estos años? No haberme ido. Eso ya lo tengo hecho. Lo que me pesa es habértelo enseñado a ti.

—Tú no me enseñaste nada de eso.

—¿Ah, no? —Rosa la miró por encima de las gafas—. Te enseñé a mirar antes de cruzar. Muy bien enseñado, además. Lo que se me olvidó fue enseñarte a cruzar.

Elena abrió la boca para defenderse y no le salió nada. Pensó en la carrera de matemáticas, elegida porque las cosas exactas no decepcionan. En Xavier, elegido porque nunca daba un paso sin pensarlo. En veintitrés años calculando el riesgo de los demás para no tener que mirar el suyo.

—Siempre creí que lo había sacado de papá —dijo al fin.

—Tu padre era un hombre prudente. Yo era una mujer asustada. Se parecen mucho, pero no son lo mismo. —Rosa le cogió la mano —. Y tú no eres ninguna de las dos cosas. Lo que pasa es que aún no te has dado cuenta.

Hablaron todo el trayecto. De su padre, de cómo Rosa se había enamorado de él despacio, igual que se aprende a tejer, y de lo mucho que lo seguía echando de menos los domingos. Del miedo que pasó la noche en que abrió la tienda, con el préstamo firmado y la persiana todavía sin pintar. De Júlia, que se había ido a Lisboa con una maleta de cabina y sin mirar atrás, y de cómo, según Rosa, eso significaba que habían hecho algo bien las dos. En Garraf, entre túneles, Elena se dio cuenta de que llevaba cuarenta y seis años hablando con su madre todos los días y que era la primera vez que hablaban de verdad.

Sitges olía a sal y a crema solar. El taller estaba en una calle estrecha que bajaba hacia el paseo, detrás de la iglesia, y la puerta verde estaba abierta de par en par, con una piedra para que no se cerrara. Dentro se oía el golpe rítmico de una máquina.

Rosa se paró a dos metros, se arregló el pelo y se volvió hacia su hija.

—¿Y si no se acuerda de mí?

—Mamá, guardaste sus cartas en un cajón con doble fondo durante cincuenta años. Algo te dice que sí.

Rosa respiró hondo, como en el mostrador antes de abrir, y entró.

El hombre de la máquina levantó la cabeza. Era delgado, tenía el pelo completamente blanco y unas gafas de leer sujetas en la frente. Se limpió las manos en el delantal, que ya estaba más negro que gris, y se quedó inmóvil. Elena vio cómo le cambiaba la cara, primero la extrañeza, luego la duda y, después, algo que se parecía mucho a un chico de veinte años en una fiesta mayor.

—¿Rosa? —dijo—. ¿Rosa Vidal, de la calle Verdi?

—La misma. Un poco más vieja.

—Yo también. Bastante más. —Se rio, y se le cayeron las gafas de la frente a la nariz—. Perdona, es que tengo las manos...

—Siempre las tenías así.

—Ya. Hay cosas que no cambian.

Se quedaron mirándose, sin saber si darse dos besos o la mano, y al final no se dieron nada y los dos se rieron a la vez, de puro nervio, tapándose la boca. Joaquim ofreció un café, luego una silla, luego otra vez el café. Rosa dijo que sí a todo y no se sentó. Él le contó, atropelladamente, que se había casado en Perpiñán con una francesa que se reía muy fuerte, que había sido feliz, que ella se fue hacía seis años y que volvió a Sitges porque a ella le gustaba el mar de aquí más que el suyo. Rosa le habló de la tienda, de su marido y de su hija, y señaló a Elena, que seguía en la puerta como un paraguas olvidado.

—Esta es Elena.

—Encantado. —Joaquim le tendió la mano, se miró los dedos

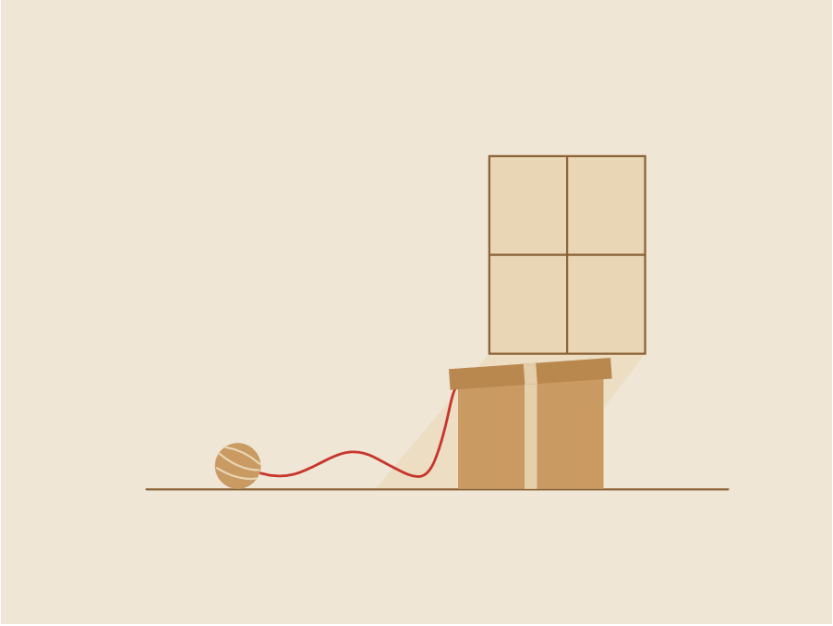
negros y la retiró—. Mejor no.

—Yo me voy a dar un paseo —dijo Elena—. Al mar. Una hora o así.

—Dos —dijo Rosa, sin dejar de mirarlo a él.

Elena bajó hasta el paseo y se sentó en un banco frente a la playa. El agua tenía el color exacto del jersey de Carmen. Pensó en su madre, con setenta y cuatro años y los pendientes de perla, entrando por una puerta que llevaba medio siglo sin atreverse a cruzar. Pensó que había pasado meses diciéndose que todo era demasiado pronto: la separación tan reciente, la vida aún en cajas, el corazón sin ordenar. Y entendió, mirando el mar, que nunca era demasiado tarde. Pero que tampoco, y eso era lo nuevo, era demasiado pronto.

Sacó el móvil, buscó un nombre y se quedó mirándolo un buen rato. No escribió nada. Pero tampoco guardó el teléfono.



El riesgo sin nombre, todavía cerrado junto a la ventana.

CAPÍTULO 10

Septiembre

El correo de la aseguradora llegó un lunes a las nueve y cuatro, con la puntualidad de las cosas que no se pueden aplazar. «Asunto: Tu reincorporación». Su jefe le daba la bienvenida para el día uno, le recordaba una reunión de planificación del trimestre y terminaba con un «espero que vuelvas recompuesta», como si ella fuera un jarrón que alguien hubiera pegado con mucho cuidado durante el verano.

Elena lo leyó dos veces, detrás del mostrador, con un ovillo de lana mostaza en la otra mano. Faltaban nueve días. Hizo la cuenta sin querer: nueve días, dos martes, un jueves. No le pareció mucho. Le pareció muy poco.

A las once entró un hombre con americana de lino y una carpeta

bajo el brazo. Saludó con mucha educación, miró el techo, las molduras, el suelo hidráulico, y dijo que representaba a una pareja que quería abrir allí una floristería con cafetería. Les encantaba el local. Les encantaba el letrero, aunque pensaban cambiarlo. Dejó un sobre en el mostrador y una tarjeta encima.

—Que su madre lo piense con calma. Es una buena oferta.

Lo era. Elena lo supo antes de terminar de leer la cifra. Era una oferta excelente, de las que en su oficio se subrayan en verde. Con ese dinero, su madre podría vivir tranquila, viajar, arreglarse las manos y no volver a subir una persiana en su vida. Todo cuadraba. Por eso le dolió tanto.

Rosa bajó a mediodía, leyó la carta con las gafas en la punta de la nariz y la dobló en cuatro.

—Le contestaré el viernes.

—¿Y qué le vas a contestar?

—Aún no lo sé. —La ceja izquierda subió despacio—. ¿Y tú?

—Yo vuelvo a la aseguradora el día uno.

—No te he preguntado eso, nena.

Y subió a casa sin esperar respuesta, que era su manera de dejar las preguntas encendidas.

Por la tarde la tienda estaba tranquila. Hacía ese calor quieto de finales de agosto en que hasta las palomas de la plaza parecen de vacaciones. A las siete sonó la campanilla y apareció Andrés, agachándose un poco al entrar, con la bolsa de tela vacía.

—Necesito lana —anunció—. Para un proyecto nuevo.

—¿Otro jersey para Carmen?

—No. Este es para otra persona. —Se rascó la barba—. Y no pienso decir para quién, que luego me lo echas en cara cuando me salga una manga más larga que la otra.

Elena se rio y lo llevó al pasillo del fondo, entre las dos estanterías altas donde Rosa guardaba las lanas buenas. Allí olía a oveja limpia y a papel de seda, y la luz llegaba de lado, dorada, filtrada por el escaparate. Andrés tocaba los ovillos uno por uno, como quien elige fruta en el mercado. Ella le contó lo del correo y lo de la oferta, sin mirarlo, ordenando unos ovillos que ya estaban ordenados.

—Entonces se acaba —dijo él.

—Se acaba el verano. Es lo que tienen los veranos.

—Ya. —Andrés dejó un ovillo gris en su sitio—. Pero no todos.

Se volvió hacia ella. El pasillo era estrecho y él era muy grande, pero no se acercó de golpe. Se quedó quieto un momento, mirándola con esos ojos de un gris casi verde, como si le preguntara algo sin palabras y estuviera dispuesto a esperar la respuesta toda la tarde. Elena tenía un ovillo de merina entre las manos, «Suave como un domingo», y lo apretó contra el pecho como si fuera un salvavidas.

No supo quién dio el último paso. Quizá los dos. Andrés le puso una mano en la mejilla, con el mismo cuidado con que había sostenido aquella primera maraña azul, y la besó. Fue un beso lento, tímido, casi una pregunta. Elena cerró los ojos y durante unos segundos no hubo números, ni correos, ni ofertas en sobres cerrados. Solo el olor a lana, el roce de la barba y una alegría tan grande que le dio vértigo.

Fue el vértigo lo que la hizo apartarse.

—Andrés. —Tenía el ovillo aplastado entre los dos—. Espera.

Él se apartó enseguida, sin soltarle la mirada.

—Perdona. No quería...

—No, sí querías. Y yo también. Ese es el problema. —Se rio sin ganas y se le quebró la voz a la mitad—. Acabo de salir de veintitrés años en los que me fui borrando sin darme cuenta. Me pedían los raviolis sin preguntarme, ¿entiendes? Y yo dejaba que me los

pidieran. No sé si sé estar con alguien sin desaparecer dentro.

Andrés asintió despacio. No pareció ofendido. Pareció, más bien, alguien que reconoce un dolor que también conoce.

—¿Qué necesitas?

—Tiempo. No sé cuánto. Sé que suena fatal.

—No suena fatal. —Le quitó con cuidado el ovillo de las manos, le devolvió la forma redonda y lo dejó en la estantería—. Además, tiempo es justo lo que me sobra ahora. Es lo único que aprendí cuando cerré el restaurante.

Se llevó la lana gris, pagó en la caja antigua y en la puerta se giró, como la primera noche.

—Hasta el martes, Elena. O hasta cuando tú digas.

La campanilla sonó y la calle se lo tragó otra vez.

Pilar llegó a las ocho y media, con las zapatillas del hospital y dos horchatas en un vaso de cartón. Se encontró a Elena sentada en el suelo, en el pasillo de las lanas, con la espalda contra la estantería. Le bastó mirarla un segundo.

—Te ha besado.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevas la cara de quien acaba de bajar de una montaña rusa y no sabe si quiere repetir. —Se sentó a su lado, le dio una horchata y esperó.

Elena se lo contó todo. El correo, la oferta, el beso, los raviolis de calabaza. Le habló de cómo se había perdido dentro de Xavier, poco a poco, igual que se pierde un punto que baja vuelta a vuelta sin que nadie sepa pararlo. Pilar escuchó sin interrumpir, con la pajita entre los dientes.

—Te creo —dijo al final—. Todo eso es verdad. Pero no es toda la verdad.

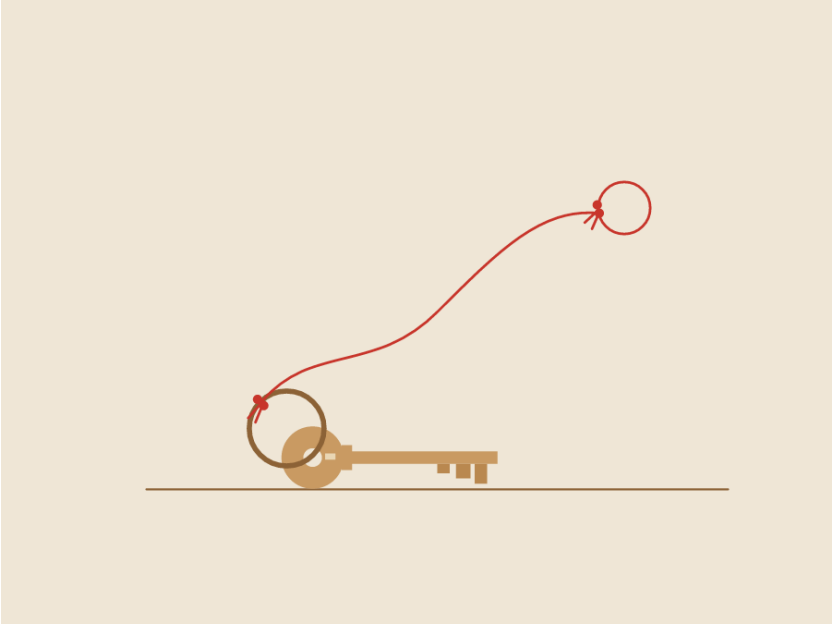
—¿Qué quieres decir?

Pilar dejó el vaso en el suelo y le cogió la mano, con esa ternura de las amigas de toda la vida, que no te dejan escapar ni cuando más lo intentas.

—Elena, cariño. Tienes miedo de perderte en un hombre, vale. Pero te han ofrecido un local, te espera una oficina y te ha besado alguien que te hace reír con la cabeza para atrás, todo el mismo día. Y lo único de lo que hablas es de Xavier. —Le apretó los dedos—. Así que dime la verdad. ¿De qué estás huyendo de verdad?

Elena abrió la boca. La cerró. Miró las estanterías, los ovillos ordenados del más claro al más oscuro, y pensó en la caja diecinueve, junto a la ventana, todavía sin abrir.

Llevaba veintitrés años poniéndole nombre a todos los riesgos del mundo. A ese no supo ponérselo.



Un mismo hilo rojo: para irse y saber volver.

CAPÍTULO 11

Hilo rojo

Júlia apareció un jueves a las once de la mañana, sin avisar, con la maleta de cabina y la piel del color de las tostadas.

—Es el cumpleaños de Inês en Barcelona y venía a buscar la ropa de invierno —dijo desde la puerta, mientras la campanilla todavía sonaba—. Y a verte. Sobre todo a verte. Lo de la ropa es la excusa oficial.

Elena salió de detrás del mostrador tan deprisa que tiró un expositor de cremalleras. Lo dejó en el suelo. Abrazó a su hija con la cara hundida en un pelo que olía a otro champú, a otra ciudad, y pensó que en tres meses Júlia había crecido de una manera que no se mide con cinta métrica.

Esa noche cenaron las tres en la cocina. Rosa frió croquetas, porque había cosas que no se negociaban, y Júlia habló sin parar de las cuestas, de los pasteles de nata y de un profesor de urbanismo que decía «portanto» cada siete palabras. Elena la escuchaba con la barbilla apoyada en la mano y esperaba el momento. Llevaba semanas preparándose para él: la pregunta sobre su padre, sobre el piso en venta, sobre por qué su madre vivía en una habitación con un corcho y dos chinchetas y llevaba una mercería en lugar de una vida normal.

La pregunta no llegó en la cena. Llegó más tarde, en la habitación del fondo, con las dos sentadas en la cama de noventa y las diecinueve cajas alrededor.

—Papá me ha contado lo de la cena —dijo Júlia—. Lo del italiano.

—Ya me imaginaba.

—Dice que le dijiste que no. Y que tenías razón. —Júlia se encogió de hombros—. Lo dijo así, mamá. «Tenía razón». Creo que es la primera vez que se lo oigo decir de alguien que no sea él.

Elena se rio, pero le temblaba algo por dentro.

—Lo siento, cariño. Que te hayas ido de una casa y vuelvas a otra. O a ninguna.

—¿Por qué lo sientes?

—Porque se suponía que yo era la que se quedaba quieta. La que estaba siempre en el mismo sitio, para que tú pudieras irte tranquila.

Júlia la miró un buen rato. Luego se subió la manga de la sudadera. En la muñeca izquierda llevaba un hilo rojo, fino y un poco descolorido, atado con un nudo doble.

—¿Te acuerdas de esto?

Elena se acordaba. Júlia tenía ocho años y se iba a su primer campamento, a los Pirineos, y lloró en la estación de autobuses agarrada a la pierna de su madre. Elena había bajado esa misma

mañana a la tienda, había cortado un palmo de hilo de algodón rojo del carrete más bonito de Rosa y se lo había atado en la muñeca.

—Te dije que mientras lo llevaras, sabrías volver —murmuró—. Y que había que irse para crecer, como los árboles echan ramas.

—Me lo pongo cada vez que me voy a algún sitio. Lisboa incluida. —Júlia se bajó la manga—. Tú me enseñaste a marcharme, mamá. Me pasé la infancia viendo cómo me empujabas hacia fuera. Lo que no entiendo es por qué tú nunca lo has hecho.

Elena no contestó. Pero esa noche, cuando Júlia ya dormía en el sofá del comedor, se quedó despierta mirando la caja diecinueve y por fin supo qué responderle a Pilar.

No huía de Andrés. Ni de Xavier. Ni siquiera de perderse dentro de alguien. Huía de querer algo para ella sola, de esa forma desnuda y sin red en la que se quieren las cosas que no se pueden asegurar. Llevaba veintitrés años trabajando para que nada le importara tanto como para doler. Y la tienda le importaba. Aquel verano le importaba. Él le importaba. Eso era todo.

A las siete de la mañana bajó a la cocina, abrió el portátil y creó un archivo nuevo. Lo llamó «Lo que quiero_v1».

Era la hoja de cálculo más rara de su vida. No tenía una columna de riesgos. Tenía una de cosas que pasaban en la tienda los martes. Clases de punto para principiantes, ampliadas a jueves y sábados. Ganchillo con la señora Amparo, que llevaba semanas insinuando que quería un grupo propio. Arreglos de ropa con las máquinas viejas de Rosa, que Biel decía que eran «patrimonio industrial». Un rincón con libros de labores que Sonia había prometido traer en depósito. Talleres para niños los sábados por la mañana, con Carmen como supervisora honoraria. Y una tetera grande, de las de verdad.

Luego hizo los números. Los hizo con el mismo rigor de siempre, pero empezando por el otro lado: no por lo que podía salir mal, sino por lo que quería que saliera bien. Y descubrió que no cuadraban del

todo. Les faltaba un sueldo.

El lunes se puso la blusa azul marino y fue a ver a su jefe.

—Media jornada —le dijo, con una carpeta delante—. Como consultora. Revisión de modelos de siniestralidad y formación a los nuevos. Os sale más barato que contratar a alguien de fuera, y nadie conoce esas tablas mejor que yo. Aquí tienes el cálculo.

Su jefe miró la carpeta, luego la miró a ella, y se quitó las gafas.

—¿Seguro que es la misma Elena que se fue en junio?

—No. Por eso te lo propongo.

Tardó dos días en contestar. Dijo que sí.

El viernes, Rosa bajó a la tienda a las nueve menos diez, con el abrigo de entretiempo, los pendientes de perla y una maleta pequeña con ruedas. Llamó por teléfono al hombre de la americana de lino y le dijo, con mucha educación, que el local no estaba en venta. Después colgó, se quitó el delantal, lo dobló en cuatro y lo dejó sobre el mostrador. Encima puso las llaves.

—Son tuyas, nena.

—Mamá, no hace falta que...

—Claro que hace falta. Cincuenta años son un número redondo, ya te lo dije. Pero cincuenta y uno también es bonito. —Le cerró los dedos alrededor de las llaves—. Haz con ella lo que quieras. Ponle otro nombre si te apetece. Llénala de gente y de tazas. Solo te pido una cosa: no tires las hebillas de la señora Dolors.

—Vendrá a por ellas.

—Vendrá —asintió Rosa, satisfecha.

—¿Y la maleta?

Rosa se ajustó un pendiente y levantó la ceja izquierda, pero esta vez le temblaba un poco.

—Me voy un mes a Sitges. Joaquim tiene una habitación con

vistas al mar y dice que me enseñará a componer con tipos de plomo. —Hizo una pausa—. Una habitación, ¿eh? No me mires así.

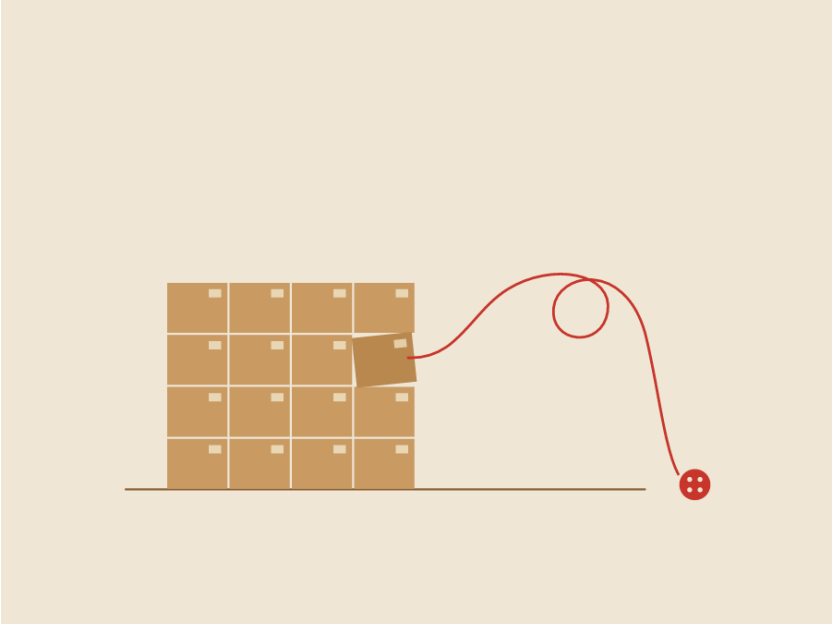
—No te miro de ninguna manera.

—Me miras como te miró la señora Amparo con lo de Carmen.

Se rieron las dos, y la risa se convirtió en un abrazo largo, de los que no se calculan. Luego Rosa cogió el asa de la maleta, cruzó la puerta y la campanilla sonó como había sonado toda la vida.

Elena se quedó sola en medio de la tienda. Buscó en el cajón de los hilos el carrete rojo más bonito, cortó un palmo y lo ató a la anilla de las llaves con un nudo doble.

Por si acaso. Para saber volver.



Lo mejor no estaba en ninguna tabla.

CAPÍTULO 12

Punto y aparte

La víspera de la reapertura, Elena abrió por fin la caja diecinueve. Dentro no había nada importante. Un álbum de fotos de la facultad, una calculadora con las teclas gastadas, una postal de Cadaqués sin escribir y unos zapatos de baile rojos, comprados a los treinta y un años para unas clases de tango a las que nunca llegó a ir. Los miró un buen rato. Luego se los probó. Todavía le servían.

El sábado, a las seis de la tarde, los llevaba puestos.

El escaparate estaba irreconocible. Biel había pasado tres noches pintando el cristal a mano, con una paciencia de arquitecto y la lengua entre los dientes, y donde antes solo había ovillos ahora se leía, en letras blancas y redondas, «Punto y aparte. Mercería y taller».

Debajo, más pequeño, en dorado, había dejado intacto el letrero antiguo con sus desconchones: «Mercería Rosa, desde 1975». Elena había insistido. Hay cosas que se cambian y cosas que se guardan, por si acaso.

Las invitaciones las había impreso Joaquim en Sitges, con tipos de plomo y tinta azul mar. Rosa llegó en el tren de las cinco, morena, con los pendientes de perla y un pañuelo nuevo, y del brazo de un señor de pelo blanco que se había lavado las manos con tanto esmero que parecía otra persona.

—Están limpias —le dijo Joaquim a Elena, enseñándoselas—. Hoy sí te puedo dar la mano.

—Le ha costado media pastilla de jabón —dijo Rosa—. Y no le dejes tocar nada.

A las seis y cuarto la tienda estaba llena. La señora Amparo había colgado un cartel en la pared del fondo, «Ganchillo, miércoles, 17 h. Nivel avanzado. Abstenerse prisas». Remei y Conxita discutían si las sillas nuevas eran más cómodas que las plegables, y no se ponían de acuerdo, lo cual quería decir que estaban contentas. Sonia había traído dos cajas de libros de labores y los colocaba en la estantería con la delicadeza de quien acuesta a un niño. Carmen, con el jersey azul y las dos mangas por fin iguales, se paseaba entre los invitados con una libreta y apuntaba cosas.

—¿Qué apuntas? —le preguntó Elena.

—Lo que hay que mejorar. Soy la supervisora.

—¿Y qué hay que mejorar?

Carmen consultó la libreta.

—Faltan galletas.

A las siete entró una señora menuda con un bolso de charol, se acercó al mostrador y dijo, sin saludar:

—Vengo a por una hebilla. De las de los setenta.

Elena y Rosa se miraron. Ninguna dijo nada, pero a Rosa la ceja izquierda le subió hasta casi la frente.

Pilar descorchó la primera botella de cava sin mirar, con la eficacia de quien abre muchas cosas a la vez en urgencias. El tapón salió disparado contra el expositor de cremalleras, que se tambaleó y aguantó. Hubo aplausos.

—Por las del jueves —dijo Pilar, levantando el vaso de plástico.

—Por las del jueves —repitió Sonia—. Y por los martes. Y por los miércoles, que ahora también existen.

—Por la acusada —dijo Pilar, mirando a Elena—. Que al final se ha atrevido a algo sin calcularlo.

—Lo calculé todo —protestó Elena—. Tengo una hoja de cálculo.

—Ya. Pero empezaste por el final.

Elena no supo qué contestar a eso, así que brindó.

Andrés llegó el último. Llevaba tres semanas viniendo los martes, sentándose en su sitio y avanzando hacia atrás con la misma alegría de siempre, sin preguntar nada. Elena le había dicho «hasta cuando yo diga» con los ojos varias veces, y él había contestado con los suyos que sí, que esperaba. Ahora se agachó un poco al cruzar la puerta, como siempre, aunque no le hacía falta, y traía la bolsa de tela llena.

Esperó a que la gente se dispersara hacia el cava. Luego se acercó al mostrador y dejó encima un paquete envuelto en papel de seda, el de la tienda.

—Es mi primer jersey —dijo—. El primero entero, quiero decir. Sin que nadie me deshaga los nudos.

Elena lo desenvolvió. Era gris, de la lana que se había llevado aquella tarde de finales de agosto. El cuello estaba un poco torcido hacia la izquierda, como si quisiera mirar algo. Una manga tenía dos centímetros más que la otra, solo dos, un progreso enorme. En el pecho, hacia el lado del corazón, había un punto caído que alguien

había recogido con mucho esmero y que se notaba igualmente.

Era precioso. Elena lo supo como se saben las cosas que no se pueden demostrar.

—Lo he hecho con la tele apagada —dijo él—. Y he deshecho veintitrés veces. Las conté. Me acordé de ti.

—Andrés, yo no necesito un jersey.

—Ya lo sé.

—Tengo una caja entera que pone «Invierno».

—Lo sé también. La diecinueve no, la dieciocho. Me lo contaste.

Elena se rio. Dobló el jersey sobre el mostrador, despacio, con el cuello torcido hacia arriba, y apoyó las dos manos encima.

—No lo necesito —repitió—. Pero lo quiero.

Él se quedó muy quieto.

—Y a ti tampoco te necesito —siguió ella, y la voz no le tembló, cosa que la sorprendió más que a nadie—. Tengo una tienda, un trabajo a media jornada, una hija que vuelve en Navidad, a mis amigas y a mi madre en Sitges componiendo con tipos de plomo. Tengo la vida bastante llena. Por eso te lo digo así: no te necesito, Andrés. Te quiero aquí porque quiero. Que es otra cosa.

Andrés tardó en contestar. Cuando lo hizo, tenía los ojos más verdes que grises.

—Es mucho mejor cosa.

—¿Cenamos el viernes?

—Donde tú digas.

—Elijo yo el sitio. Y pido yo lo mío.

—Faltaría más.

Desde el fondo, la señora Amparo dejó la taza en el plato con un tintineo deliberado. Pilar, al lado de la estantería de libros, le dio un

codazo a Sonia, que ya se estaba secando los ojos con una servilleta.

A las nueve se fueron yendo todos. Rosa la abrazó en la puerta y le dijo «lo has hecho bien» al oído, en el tono en que se dicen las cosas que se llevan cincuenta años guardando. Andrés se ofreció a esperarla en la plaza, con Carmen ya dormida sobre el hombro, y ella le dijo que sí, que iba enseguida.

Se quedó sola en la tienda. Recogió las tazas, barrió las hebras de colores del suelo, apagó la lámpara del mostrador. Fuera, la calle Verdi se iba quedando azul, el mismo azul de la primera noche.

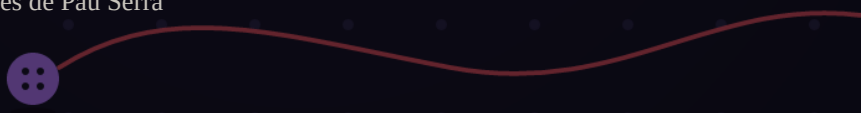
Salió, cogió las llaves con su hilo rojo atado a la anilla y echó el cierre. La persiana bajó con el ruido de toda la vida, y las letras blancas del escaparate se quedaron brillando un momento bajo la farola.

Elena no miró el reloj. No contó los pasos hasta la plaza. No calculó cuántos martes quedaban hasta Navidad, ni la probabilidad de que el viernes saliera bien, ni el riesgo de nada.

Echó a andar con los zapatos rojos, dueña de su tiempo, con la sensación nueva, todavía un poco torcida y preciosa, de que lo mejor no estaba en ninguna tabla.

Toda una vida calculando riesgos. Un verano para atreverse.

Elena tiene cuarenta y seis años y lleva veintitrés poniéndole número a todo lo que puede salir mal. Recién separada, con su hija de Erasmus en Lisboa y diecinueve cajas en la habitación de su adolescencia, vuelve a casa de su madre justo cuando esta anuncia que cerrará en septiembre la vieja mercería familiar de Gràcia. Elena decide quedarse al frente de la tienda un verano. No sabe distinguir un bies de una cinta de raso, pero aprenderá: entre botones, clases de punto para principiantes, un hombre enorme que teje fatal, unas amigas que no la dejan escapar y una madre con un amor pendiente. Y una pregunta que lleva veinte años esquivando: qué quiere ella.

«Soltar es como tejer, nena. Se aprende deshaciendo mucho.»

Noa Ferrer y Marlon Falcón
Ilustraciones de Pau Serra